

Lorris el Elfo

3. Valnor el Vengador

Laura Gallego García

Capítulo I: "Fuego Azul"

Lorris cayó pesadamente al suelo. Sus piernas ya no resistían más. Intentó ponerse en pie, pero cayó de nuevo. Cerró los ojos y los puños, encogiéndose sobre sí mismo, esperando la muerte.

Sin embargo, ésta no llegó. Lorris abrió los ojos, desconcertado. Ya no oía a sus espaldas el rugido de furia del Oso Bicéfalo.

Se atrevió a girarse y a echar un vistazo. El Oso Bicéfalo había abandonado la persecución. Lorris vio que, algo más lejos, Elga e Izan se habían detenido y volvían atrás para reunirse con él.

Trató de levantarse, pero sólo consiguió quedarse sentado.

-¿Y esa pierna? -preguntó Elga jadeante cuando llegó junto a él.

Temblaba como una hoja. Le ayudó a levantarse y el elfo se quejó débilmente.

-Creí que no lo contábamos -suspiró-. No puedo creerlo. ¿Cómo hemos podido salir vivos de ésta?

Elga echó un vistazo atrás.

-Me gustaría saberlo a mí también -manifestó-. ¿Por qué ese animal dejó de perseguirnos?

Lorris se encogió de hombros.

-Eh, ¿sabéis dónde estamos? -preguntó Izan, mirando a todos los lados mientras se aproximaba a ellos.

-Ni idea -gruñó Elga-. ¿Otra vez en el Reino de los Duendes?

Izan negó con la cabeza.

-No, encanto -dijo-. Nos encontramos en el Reino de los Dragones.

Una exclamación ahogada surgió del interior del bolsillo

de Lorris. Ona asomó su despeinada cabeza por ahí, mortalmente pálida.

-¿En el Reino de los Dragones, dices?

-No le hagas caso -se burló Elga-. Éste no sería capaz de encontrarse a sí mismo en una habitación vacía.

-Muy simpática -protestó Izan-. Hemos cruzado el arroyo, y sabes perfectamente lo que dice el mapa que hay detrás: el reino de los Dragones.

Lorris asintió, acariciándose la barbilla pensativo. Elga abrió la boca para protestar, pero el elfo se le adelantó.

-Lo que dice Izan no carece totalmente de sentido -dijo.

-¡Pues, si estamos en el Reino de los Dragones -intervino Ona, saliendo volando del bolsillo de Lorris-, deberíamos salir de aquí inmediatamente!

-¿Por qué? -preguntó el elfo-. Ahrgan, el único dragón con quien he tenido oportunidad de hablar, era bastante razonable.

-Ese dragón está domesticado -dijo Izan con desprecio-. Fue la montura del Caballero Andric en las guerras contra los enanos.

>>Cuenta la leyenda que cuando Andric murió, Ahrgan se quedó en Liadar para protegerla y guardarla. De hecho, es el único dragón que ha pasado por el Reino de los Humanos en muchos siglos. Los auténticos dragones viven aquí en estado salvaje, y son fieros y terribles. Ahrgan obedece sin rechistar las órdenes del Gobernador de Liadar. ¡De un humano! Por muy ejecutor que sea, sinceramente, no me da ningún miedo. Es un cobarde.

-Así que Arhgan, el Gran Dragón Negro, el Guardián-Ejecutor de Liadar, es un cobarde -retumbó una voz de trueno-. ¡Y es nada menos que un mosquito humano quien lo dice!

Lorris, Elga, Izan y Ona se volvieron a todos los lados, temerosos. Detrás de una roca asomaba una serpenteante cola

escamosa de color azul; entonces vieron que esa roca tapaba parcialmente una gigantesca cueva, de la que surgía lentamente la enorme cabeza de un dragón.

Los cuatro compañeros quisieron echar a correr, pero el miedo les paralizó. Izan retrocedió unos pasos, tropezó con una piedra y cayó hacia atrás, quedando sentado en el suelo.

El dragón azul elevó su cabeza muy por encima de ellos. Su cresta se erguía amenazadora, como un aterrador conjunto de agujas de hielo. Sus ojos negros brillaban, Lorris no supo decir su de regocijo, de cólera o de odio.

El dragón salió despacio de su escondite. Era en realidad un animal magnífico. Sus escamas azules relucían bajo los últimos rayos de Arsis con un brillo metálico. Era bastante joven, y su cuerpo era elástico y musculoso.

-Y bien, enano -dijo el dragón, bajando su cabeza hasta Izan-. ¿Podrías repetir lo que acabas de decir? Me temo que no te he oído muy bien.

-Yo... de... decía... -tartamudeó Izan.

El dragón ladeó la cabeza para escucharle mejor, en un gesto burlonamente solícito.

-Decía que el Gran Dragón Negro, el Guardián-Ejecutor de Liadar, es un cobarde -concluyó una voz serena-. Pero tienes que disculparlo; es un humano ignorante que no conoce a Ahrgan.

El dragón azul levantó bruscamente la cabeza y miró a su alrededor. Lorris era el que había hablado.

-Escuchar las conversaciones ajenas es de muy mala educación -hizo notar el elfo-. ¿No lo sabías?

-Yo no estaba escuchando -observó el dragón-. Se oía todo desde mi cueva.

La atención del reptil dejó de concentrarse en Izan para hacerlo en Lorris.

-¡Uhm! -exclamó, y una vaharada de aliento ardiente los envolvió-. ¿Qué clase de extraña criatura eres? ¡No, espera, no me lo digas! -Alzó la cabeza para observar a Lorris desde todos los ángulos-. ¡Vaya, un elfo!

Lorris retrocedió sorprendido.

-¿Cómo...?

-¿Cómo sé que eres un elfo? -concluyó el dragón-. Aún soy joven, pero recuerdo a los elfos; mi abuela solía hablarme de ellos. Yo sabía que, aunque no hubiera visto nunca uno, los elfos seguían vivos... y en el Bosque.

La gigantesca criatura alzó un poco más la cabeza, hizo una pausa y prosiguió:

-Los dragones tenemos fama de ser los más sabios de todo Ilesan, elfo -añadió mirando a Lorris con curiosidad-. ¿Qué te trae por aquí?

Lorris se repuso de la sorpresa inicial. El dragón parecía amigable.

-Se me apareció en el Bosque una mujer humana -explicó el elfo-. Me dijo que tenía que salvar a los míos, pero no me dijo de qué. Me dio su lechuza para que me guiara, y, aunque hemos perdido la lechuza, sabemos que se dirige al noreste, y que de allí proviene el peligro que amenaza a los elfos.

-¡Ah! -exclamó el dragón-. De modo que eres tú quien ha estado haciendo de las suyas en el Reino de los Enanos, ¿verdad?

Lorris lo miró sorprendido.

-¿También sabes eso?

-Algo hemos oído.

El dragón observó divertido a los cuatro visitantes.

-De manera que conocéis personalmente a Ahrgan, el Guardián-Ejecutor de Liadar -dijo-. Bien, en su defensa diré que está allí para vigilar a los humanos. Es un enviado especial del

Reino de los Dragones. Y no es un cobarde. Tal vez chochee un poco, pero hay que disculparlo; los años ya le pesan.

-Se conserva muy bien -se atrevió a decir Elga.

El dragón hizo un gesto jovial.

-Hace tiempo que no le veo -dijo-, pero supongo que tienes razón. Por cierto, no me he presentado. Mi nombre es Ifnan, "Fuego Azul" en la lengua Común. Vuestra historia es extraña, pero no tengo la menor duda de que es real. Puede que la lechuza quisiera llevaros al norte; no resulta descabellado. Los dragones sabemos que de allí procede el mal que está extendiéndose por Ilesan.

-¿Y no podéis hacer nada? -inquirió Izan.

-El único Reino que no podemos sobrevolar es el Reino de los Darai -explicó Ifnan-. Está situado sobre una altísima meseta entre las montañas. Es el país de las nieves perpetuas. Las frecuentes tormentas de nieve hacen que los dragones pierdan el rumbo, y que mueran congelados. Somos reptiles, criaturas de sangre fría; necesitamos el sol para calentarnos.

Casi involuntariamente los cinco volvieron la cabeza hacia la cordillera que se alzaba cerca de ellos, sombría y amenazadora, tras la cual se ocultaba el Reino de los Darai.

-Con lechuza o sin ella, yo tengo que ir allá -murmuró Lorris.

-Yo te acompañaré -dijo Elga.

Izan no despegó los labios.

-Nunca podríais cruzar la cordillera vosotros solos -dijo Ifnan-. Es demasiado ancha y no vais bien equipados. En caso de que lograrais pasar, tardaríais mucho tiempo.

Lorris no dijo nada. Ona dejó caer las alas, abatida.

-Aunque yo podría cruzaros al otro lado -añadió Ifnan pensativo.

Todos se volvieron rápidamente hacia él.

-¿Cómo? -preguntó Lorris.

El dragón azul rió alegremente y agitó sus membranosas alas, levantando una gran polvareda. Alzó la cabeza hacia el firmamento, donde ya aparecían las primeras estrellas, y dijo:

-¿Cómo? Volando.

Capítulo II: “Vuelo accidentado”

-¡Volando! -repitió Izan-. ¿Sobre tu lomo?

Lorris se estremeció. Elga se encogió sobre sí misma.

-Nos llevarías... ¿al otro lado de las montañas? -preguntó Lorris.

-Tan lejos como pudiera -aseguró Ifnan.

-¿Y por qué tendrías que hacerlo? -preguntó Izan, desconfiado. Fuego Azul calló un momento. Luego dijo:

-Algo me dice que, si alguien puede detener a lo que sea que viva en el Reino de los Darai, ése es el elfo. Créeme, amigo. El sexto sentido de un dragón no suele fallar. El orden ha de volver a Ilesan.

Lorris asintió.

-No sé si conseguiré llevar a cabo esta empresa -dijo-, pero debo descubrir qué es esa amenaza que pesa sobre mi pueblo.

Ifnan resopló suavemente en señal de asentimiento, y posó una pata suya en el suelo para que el elfo pudiera subir a su lomo.

Lorris y Elga cruzaron una mirada.

-¿Quieres que nos marchemos... ahora? -preguntó el elfo-. Es de noche.

-Los dragones podemos orientarnos hasta dormidos por el aire -dijo Ifnan-. Es nuestro elemento. Si partimos ahora, al amanecer llegaremos al otro lado de las Montañas.

Lorris miró a Elga. Ésta asintió.

-Voy contigo.

El elfo ayudó a subir a la humana y trepó al lomo del dragón tras ella. Ona se refugió en su capucha.

-¿Y tú, Izan? -preguntó Lorris al joven humano.

Izan lo pensó durante unos segundos.

-Estaba pensando -dijo al fin-, que tal vez esa Dama de la Lechuza tuya pueda contestar a mis preguntas sin respuesta. Sea lo que sea lo que encontréis allí, quiero conocerlo.

Se acercó resueltamente al dragón y trepó por su pata hasta sentarse a horcajadas sobre su lomo.

-¿Listos? -preguntó Ifnan alegremente-. ¡Agarraos bien y no miréis hacia abajo!

Agitó las alas y poco a poco se elevó en el aire. Levantó una inmensa polvareda que obligó a los jinetes a cerrar los ojos y aferrarse fuertemente a su piel escamosa.

Lorris apenas podía respirar. Sintió un súbito vacío en el estómago cuando el dragón levantó el vuelo. Sintió el viento silbando en sus oídos, el azote de las alas de Ifnan al batir el aire y el latido de la sangre que se agolpaba en sus sienes.

Cuando la ventisca se calmó un poco, se atrevió a abrir los ojos.

Sobrevolaban la cordillera. Bajo la pálida luz de Irdinal vio, muy abajo, un arroyo, y a la izquierda quedaba la exuberante vegetación del Reino de los Duendes. Sintió que se mareaba momentáneamente, pero pronto se repuso. Tras él, Izan había alzado la cabeza y dejaba que el viento le azotara el rostro y echara hacia atrás su cabello enmarañado y rebelde.

El joven humano estaba disfrutando plenamente con el viaje. Siempre había deseado volar a lomos de un dragón, y justamente la posibilidad que se le había presentado de cumplir su deseo había sido lo que le decidió a acompañar al elfo en su viaje al norte.

"Me siento libre", pensó. "Volar... ¡Cabalgar sobre un dragón, a lomos del viento!".

Súbitamente pensó en Elga, y la miró de reojo.

La joven humana aún seguía fuertemente aferrada al dragón, con los ojos cerrados. Izan le tocó en el hombro, y ella

abrió los ojos con precaución.

Cuando se decidió a levantar la cabeza de la piel escamosa del dragón, estuvo a punto de caerse del susto. Pero Izan la sujetó, y ella pudo dar una mirada circular, asombrada.

¡El mundo era tan pequeño desde arriba...! Aunque abajo sólo se veían oscuros y puntiagudos picachos, a ella le pareció muy hermoso.

Elga perdió el miedo y, como Izan, dejó que el viento le diera en la cara, y se sintió libre como un pájaro.

Ona apenas se atrevió a sacar la cabeza por el borde de la capucha de Lorris. Si el elfo y los humanos ya eran grandes... ¡cómo debía de ser el enorme dragón para ella!

La noche transcurrió rápidamente. Elga se había dormido apoyada en Izan, y Lorris daba cabezadas también. Cuando los primeros rayos de Arsis bañaron la tierra, todos se despertaron y se despejaron del todo.

Habían atravesado la cordillera. Se adentraban en una tierra yerma, fría y sin vegetación.

-¡El Reino de los Darai! -anunció Ifnan al darse cuenta de que sus pasajeros ya estaban despiertos.

Lorris no dijo nada.

Un viento helado los recibió. Conforme avanzaban hacia el norte, el tiempo parecía empeorar.

-¿Hasta dónde nos vas a llevar? -le preguntó Lorris al dragón, chillando para que pudiera oírlo.

-¡Tan lejos como pueda! -respondió éste.

Ya habían visto nieve coronando las montañas, pero, conforme se adentraban más en aquel país, las estepas iban presentando cada vez más manchas de nieve.

-¡No sé si podré seguir! -gritó entonces Ifnan, mirando fijamente al frente. Los otros siguieron la dirección de su mirada y vieron que el horizonte estaba cubierto de turbulentas nubes

negras, que no presagiaban nada bueno.

-¡Tal vez deberíamos descender! -sugirió Elga.

El dragón negó con la cabeza, aunque se le notaba preocupado.

-¡Aún puedo llevaros un poco más lejos! -respondió.

Lorris respiró profundamente, intranquilo, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, pensó, Ifnan era un dragón; sabía lo que hacía.

Pero no tuvo en cuenta que era un dragón muy joven, que no pasaba de los setecientos años. Era, por tanto, impulsivo y más bien temerario... como el propio Lorris cuando abandonó el Bosque.

-¡Nos dirigimos directos a la tormenta! -chilló entonces Izan.

-¡Por las barbas del Hacedor! -gruñó el dragón, y una bocanada de humo surgió de entre sus fauces-. ¡Está extendiéndose demasiado deprisa!

Una ráfaga de aire helado ascendió hasta donde ellos estaban, y zarandé a Ifnan, que tragó aire y trató de mantenerse derecho. Lorris, Elga, Izan y Ona se aferraron a donde pudieron con todas sus fuerzas.

Los truenos retumbaban y los relámpagos iluminaban el cielo totalmente encapotado. Los rayos caían muy cerca de ellos. La nieve los azotaba como un látigo cruel, implacable, el viento silbaba en sus oídos y nadie comprendía cómo se habían metido allí, ni cómo la tormenta los había alcanzado tan rápidamente.

Aún no se habían repuesto de la primera embestida cuando una nueva ráfaga, más violenta que la anterior, arrastró a Fuego Azul hacia atrás.

Y el dragón se vio inmerso en un torbellino de nieve tan furioso que no veía nada, y llegó a perder la noción del espacio sin saber dónde estaba la tierra y dónde quedaba el cielo. Ifnan

fue zarandeado, barrido literalmente, arrastrado de aquí para allá por los vientos que constantemente cambiaban de dirección. El dragón se olvidó de sus jinetes y comenzó a entablar una desesperada lucha por sobrevivir.

El elfo, la fugaz y los dos humanos gritaron aterrados, pero el furioso rugido de la tempestad absorbió sus voces. Ifnan no sabía cómo salir de aquel torbellino, se había metido -aún no comprendía cómo- en el corazón de la tormenta, y se rebelaba contra su destino. ¡No podía morir! ¡Era demasiado joven!

Una ráfaga de viento más fuerte que las demás lo tumbó de espaldas. Los cuatro jinetes resbalaron y, con un grito de miedo e impotencia, cayeron, cayeron...

"Todo ha terminado...", fue lo único que pudo pensar Lorris.

"¡No, no, no, no...!", quiso chillar Izan, pero no pudo.

"Quiero ir... a casa...", se dijo Ona.

Y Elga sólo pudo formar con los labios una palabra que no llegó a pronunciar: "Padre..."

Perdido entre los vientos quedó Ifnan, Fuego Azul, el dragón, luchando desesperadamente por la supervivencia en mitad de la furiosa tempestad.

Capítulo III: “El país de los hielos”

Izan fue el primero en abrir los ojos. Físicamente, era más resistente que el elfo, y mucho más que la fugaz.

Se incorporó lentamente, con un gemido.

Habían caído sobre un inmenso montón de nieve blanda. Sin duda eso, añadido al hecho de que no debían de estar a mucha altura cuando cayeron, fue la causa de que estuvieran aún con vida.

Lorris yacía inconsciente algo más lejos. Ona, que se había agarrado a él hasta el último momento, seguía hecha un ovillo dentro de su capucha.

Izan parpadeó. Le dolía la cabeza. Allí había algo que fallaba... que no encajaba...

De pronto se hizo la luz en su mente. Sintió que se le encogía el corazón. ¡La chica...! ¿Dónde estaba Elga?

Se puso en pie tambaleándose. Resbaló y cayó, y se levantó de nuevo.

Nevaba todavía, pero muy suavemente. De todos modos, hacía mucho frío, e Izan echó en falta una capa que lo abrigara. Tiritando, se acercó a Lorris y se arrodilló junto a él.

El elfo estaba mortalmente pálido, y el muchacho temió que hubiese muerto. Cogió a Ona con cuidado, y le hizo un refugio con su propio pañuelo. La fugaz tenía algo más de color que Lorris, aunque estaba fría como un témpano de hielo.

Ahora que Ona estaba caliente, Izan pudo poner boca arriba al elfo. Le tanteó el cuello en busca de pulso, y contuvo el aliento expectante.

Pudo sentir unas débiles palpitaciones que mantenían con vida al elfo. Izan respiró aliviado y envolvió a Lorris en la capa lo mejor que pudo.

Después miró a su alrededor en busca de un refugio donde

podrían ponerse a cubierto. Vio un poco más lejos una montaña, y, con la esperanza de encontrar allí algún saliente o grieta donde ampararse, se metió a Ona en el bolsillo, levantó a Lorris y, como pudo, cargó con él y se dirigió hacia ella con paso vacilante.

A Elga no se la veía por ningún sitio. Izan sabía que si comenzaba a buscarla, Lorris y Ona morirían. Tenía que ocuparse de ellos primero, porque no sabía si la humana estaba cerca, ni siquiera si seguía con vida.

¿Y dónde estaría el dragón?

Izan se detuvo un momento y miró a su alrededor. La inmensa mole azul de la criatura se veía desde muy lejos. Sin embargo, él no la vio.

Deseó de corazón que Ifnan se hubiera salvado, y reemprendió la marcha. El elfo pesaba poco, a pesar de su gran estatura. En su bolsillo, Ona iba entrando en calor.

Al cabo de un par de horas alcanzaron la falda de la montaña. Era en realidad un picacho rocoso no muy alto, una isla en medio de un mar de nieve y hielo.

Izan, con Lorris a cuestas, comenzó a rodearla, en busca de algún lugar donde refugiarse.

Tuvo suerte: una pequeña gruta se abría al pie de la montaña. Izan se introdujo dentro con Lorris, elevando una corta oración de gracias a Yalon, dios del Destino para los humanos, diciéndose a sí mismo que sólo tenía que vigilar que la nieve no cubriera la entrada.

La cueva era bastante espaciosa. Tras acomodar al elfo, Izan comenzó a limpiarla de nieve. Se preguntó si podría encender una hoguera.

Había visto un par de árboles de ramas desnudas fuera. Dejó a Lorris un momento y salió de nuevo al exterior. Tras aprovisionarse de leña y un par de piedras, entró en la gruta otra

vez.

Dispuso las ramas en el suelo en forma de hoguera muy pequeña y entrechocó las piedras hasta hacer brotar una chispa.

Las ramas no prendieron por estar mojadas, pero Izan lo intentó una y otra vez hasta que una tímida llamita comenzó a arder.

La llama se extendió y entonces Izan pudo contemplar orgulloso su hoguera. Sacó a Ona de su bolsillo, le hizo una especie de cama con el pañuelo y la dejó en el suelo cerca de Lorris.

Poco a poco se fue caldeando el ambiente. Las mejillas de la fugaz comenzaron a recuperar el color. La respiración de Lorris se hizo más regular.

Izan se asomó afuera. Las dentelladas del hambre comenzaban a devorar su estómago. Parecía que estaba dejando de nevar. ¿Y si cogiera el arco del elfo y saliera de caza? Tal vez encontrara alguna liebre...

-Izan.

El humano se volvió. Ona acababa de recuperar el sentido.

-Izan, ¿qué...? -empezó ella, sacudiendo la cabeza.

Miró a su alrededor.

-¿Dónde está Elga? -preguntó.

Izan se volvió de nuevo hacia la entrada de la cueva. Contempló por unos instantes la nieve que caía suavemente y respondió:

-No lo sé.

Creyó recordar vagamente que él mismo se había agarrado al brazo de Lorris al caer del lomo del dragón. Tal vez por eso había aterrizado tan cerca del elfo. Y Elga...

-No creo que la encontramos ya, Ona -dijo en voz baja.

-Caímos de la grupa de Ifnan -recordó la fugaz-. ¿Y luego?

-Caímos sobre la nieve -explicó Izan-. Tú, yo, y el elfo... Cuando recuperé la consciencia, sólo estábamos nosotros. No sé qué ha sido de Elga... ni me importa.

Ona no dijo nada. Dejó caer las alas. Izan la oyó suspirar débilmente. El humano se levantó con cuidado para que su cabeza no chocara contra el techo y cogió el arco y el carcaj que el elfo llevaba a la espalda.

-Creo que podré. arreglármelas -murmuró.

-¿Qué vas a hacer?

-Ya no nieva -respondió Izan-. Voy a ver si cazo algo para comer. Tú quédate con el elfo.

Ona asintió, apesumbrada. Veía el futuro muy negro. Se envolvió en el pañuelo de Izan para protegerse del frío.

El humano salió de la cueva con el arco de Lorris. La fugaz lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista. Entonces, enterró la cara entre las manos y se puso a llorar suavemente por la suerte de su amiga Elga.

Unas horas más tarde, Lorris abrió lentamente los ojos. Aún tiritaba, pero, aparte de un buen resfriado, Ona no creía que tuviera nada grave.

-¿Cómo te encuentras? -le preguntó al elfo.

Éste no respondió. Se incorporó con cuidado, parpadeando, sacudió la cabeza y miró a su alrededor, confundido.

-¿Qué...? ¿Dónde...? -empezó, pero las preguntas se agolpaban en su mente y tuvo que detenerse un momento para ordenar sus pensamientos y poder formularlas de una en una.

Ona se le adelantó. Le explicó lo poco que sabía por Izan sobre lo que había sucedido.

En cuanto el elfo se enteró de que Elga se había perdido, se levantó de un salto, olvidando dónde estaba, y se dio un golpe monumental en la cabeza contra el techo. Tuvo que volver a

sentarse, mareado.

-Deberías tener más cuidado -lo regañó Ona.

-Elga... -gimió Lorris-. ¿Ha ido Izan a buscarla?

-No -respondió Ona-. Me temo que sólo ha ido en busca de algo con que llenar su estómago.

Lorris salió gateando de la cueva. Ona, tras comprobar que sus alas ya se habían secado, le siguió volando.

Se tropezaron de narices con Izan, que volvía. Traía el arco de Lorris en una mano y una perdiz blanca sujeta por las patas en la otra.

-Ya estás bien -observó el humano.

Lorris asintió en silencio, y retrocedió para que Izan pudiera entrar. Sus ojos se fijaron por casualidad en la perdiz que el muchacho había cazado, y observó que no presentaba ninguna herida de flecha, pero no dijo nada.

Izan tampoco. Prefería no confesar que no sabía usar el arco largo del elfo, y que había matado al animal de una pedrada, tras encontrarlo atrapado en un espino.

Entre los dos asaron la perdiz y saciaron su hambre.

-Soy partidario de seguir el viaje -dijo el elfo después de una comida silenciosa-. Seguiremos hacia el norte.

-¿Cómo?-preguntó Izan malhumorado-. Ni siquiera sabes dónde está el norte.

-Claro que lo sé. Está hacia allá.

Y Lorris señaló una dirección.

-¿Cómo lo sabes? -inquirió Izan con desconfianza.

-Por la posición de Arsis.

-¿Arsis?

-El sol -aclaró Ona.

-El cielo está encapotado -protestó Izan.

-No importa. Yo sé que Arsis está allí.

Tras una breve discusión, Lorris se salió con la suya.

Aprovechando que había dejado de nevar, abandonaron su seguro refugio y reemprendieron la marcha.

Capítulo IV: "Fiebre"

Continuaron el viaje en silencio. Ninguno de los tres dijo una palabra, ni siquiera cuando la montaña que les había servido de refugio quedó atrás.

Ona podía sentir del desasosiego que reinaba en el interior de sus dos compañeros. Lorris no lo disimulaba y, aunque Izan en apariencia estaba tranquilo y sereno, cubierto su rostro por una máscara de estoicismo, no podía engañarla; también el humano estaba muy preocupado.

Se preguntó por qué. A Lorris le preocupaba Elga, de aquello no había duda. Pero... ¿y a Izan?

La fugaz, sin embargo, no se atrevió a preguntar.

Viajaba acurrucada en la capucha de Lorris. Era demasiado delicada como para viajar a la intemperie, con el tremendo frío que hacía.

Pronto se puso a nevar de nuevo, con suavidad. Pero ni Lorris ni Izan parecieron darse cuenta. Sólo avanzaban a través del páramo nevado.

Apenas había pasado media hora cuando distinguieron un bulto sobre la nieve, allá a lo lejos. Ahogando un grito, Lorris echó a correr sin previo aviso, y Ona tuvo que aferrarse con fuerza a la tela de la capucha. Izan continuó caminando sin alterarse.

Cuando el humano llegó a la altura del elfo, lo encontró arrodillado junto a Elga.

La muchacha yacía sobre la nieve mortalmente pálida. Sus labios estaban azulados, y por un momento Izan temió que hubiera muerto congelada.

-Vive -dijo Lorris en voz baja.

Se quitó la capa -Ona tuvo que salir bruscamente de ella- y cubrió con ella a Elga. La alzó entre sus brazos con cuidado.

-Quién sabe cuánto tiempo lleva aquí -dijo-. Tal vez unos minutos más habrían sido mortales.

-Debemos llevarla a un sitio cálido -dijo Ona tiritando-. ¿Y si volviéramos a la cueva?

Lorris echó una mirada hacia atrás dubitativamente.

-Está demasiado lejos -zanjó Izan-. En alguna parte este maldito país debe de estar habitado, ¿no?

Lorris no respondió. Cargó con Elga y prosiguió la marcha. Ona se refugió en su bolsillo.

Izan los alcanzó. Mientras caminaba junto al elfo, miró el rostro de Elga por encima de su hombro.

Pensó de pronto que podía morir, y, en un acto impulsivo, se quitó la camisa que llevaba y se la echó por encima a la joven humana.

Lorris lo miró estupefacto.

-¡Te vas a congelar! -le riñó-. No puedes quedarte así, desnudo de cintura para arriba.

Izan se encogió de hombros.

-No me abrigaba mucho -dijo con indiferencia-. Y ella lo necesitaba más que yo.

Lorris miró a Elga. El pelo, sucio y desgredado, le caía sobre la cara. El elfo deseó que estuviera consciente, para poder apartárselo de un manotazo en aquel gesto suyo tan característico. Bajo los ojos de la muchacha, podían apreciarse dos marcas oscuras, debidas al cansancio y las noches sin dormir. Estaba pálida y helada.

"Yo le he hecho esto", pensó el elfo estremeciéndose. Sacudió la cabeza, estrechó con más fuerza a Elga entre sus brazos y prosiguió la marcha, sintiéndose despreciable.

Afortunadamente, no fueron sorprendidos por ninguna otra tormenta, y el tiempo fue favorable.

Elga, en las horas siguientes, fue entrando poco a poco en

calor. Sus mejillas recobraron el color, pero ella siguió inconsciente.

Al caer la tarde se detuvieron en un claro de un bosquecillo de coníferas, para descansar. Montaron allí el campamento, y Lorris salió de caza.

Cuando volvió, Izan y Ona se quedaron boquiabiertos: había matado un enorme oso gris.

-¿Te has vuelto loco? -protestó Izan-. ¿Qué esperabas hacer con "eso"? Lorris no contestó enseguida. También había traído un par de liebres, y las alzó en una mano para que el humano las viera.

-Cenaremos "esto" -dijo.

-¿Y el oso? -preguntó Ona.

-Nos servirá para hacernos ropa de abrigo.

Izan refunfuñó algo y se arrimó más al fuego.

Elga, desde donde yacía envuelta en la capa de Lorris, murmuraba palabras incomprensibles, consumida por la fiebre.

Ninguno dijo nada cuando Lorris comenzó a desollar el oso con el cuchillo de Izan.

-Odio matar animales -dijo el elfo-, pero era necesario.

Cuando finalizó su tarea, limpió la piel con nieve y la dividió en tres partes, cortando también un trozo pequeño para Ona. Cubrió a la delirante Elga con una de las partes y devolvió su camisa a Izan. El humano volvió a ponérsela sin una palabra. Tampoco dijo nada cuando Lorris le puso por los hombros la parte de abrigo que le correspondía.

-Será mejor que nos turnemos para hacer la guardia -le dijo Lorris-. Yo haré el primer turno.

Izan asintió en silencio, se arrebujó en su capa de piel de oso y se durmió. Unas horas más tarde, Lorris le despertó, y el humano lo relevó. El fuego se estaba apagando; Izan echó unas ramas más mientras Lorris caía en un sueño profundo y pesado.

Al cabo de un rato oyó gemidos, y se dio la vuelta. Vio que provenían de un bulto al que identificó como la durmiente Elga.

Se acercó en silencio y se sentó junto a ella.

La joven tenía los ojos abiertos, pero no pareció reconocerle. Brillaban febrilmente, y el muchacho tuvo miedo de pronto por lo que pudiera pasarle.

-Paaadre...-musitó ella.

Izan le tocó la frente con cuidado, y retiró la mano inmediatamente. Ardía. Le levantó la cabeza y la apoyó en su regazo, tratando de transmitirle algo de calor.

-Tranquila, niña -susurró-. Te pondrás bien.

Se sintió como un padre protector, o como una especie de hermano mayor, aunque probablemente no tendría mucha más edad que ella.

Pero sólo sabía que Elga estaba muy enferma, que podía morir... recordó cómo lo había salvado de los duendes y pensó que, de todas formas, le debía un favor.

-¿Padre? -repitió ella.

Era evidente que deliraba. Izan dirigió una rápida mirada a Lorris para asegurarse de que dormía.

-Sí, Elga, estoy aquí -susurró tranquilizadamente.

Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, pero no parecía verle.

-Sabía que vendrías -afirmó por fin con un suspiro de satisfacción.

Cerró los ojos y se acurrucó junto a él.

Y se durmió con un sueño reparador, sin pesadillas. Izan no se atrevió a moverse por miedo a despertarla.

Cuando llegó la mañana, el joven humano apartó con cuidado a Elga, se levantó y se acercó a Lorris.

El elfo seguía dormido. Izan lo despertó.

Lorris se levantó parpadeando, y miró a su alrededor. El rostro de Izan volvía a ser de piedra.

-Es hora de reemprender la marcha, elfo -dijo.

Lorris asintió. Despertó a Ona, que dormía hecha un ovillo en su bolsillo, recogieron todo y continuaron su camino.

Al caer la tarde estalló una furiosa tormenta de nieve. Quisieron buscar un refugio, pero todo lo que vieron a través de la espesa cortina de nieve fue el vasto e interminable valle blanco.

Izan oprimía con fuerza a Elga contra su pecho. El cuerpo del humano, delgado y flexible, no la protegía mucho más que el de Lorris, pero el elfo ya había cargado con ella durante toda la mañana y ahora le tocaba el turno a Izan.

Lorris abría la marcha. Aquel extraño sexto sentido suyo le permitía saber dónde estaba Arsis y dónde estaba el nordeste. Izan ignoraba hasta dónde los había arrastrado la primera tempestad cuando cabalgaban a lomos de Fuego Azul (¿qué habría sido de él?), pero no le cabía duda de que el elfo realmente los estaba llevando hacia el nordeste.

¿Entonces, por qué no encontraban nada?

Izan sacudió la cabeza y, protegiéndose los ojos con una mano a la par que aferraba a Elga con el otro brazo, continuó la marcha.

Se tropezó de narices con Lorris.

-¿Qué pasa? -jadeó-. ¿Por qué nos detenemos?

Lorris, sin una palabra, señaló al horizonte.

Entre la ventisca, Izan pudo distinguir una alta construcción parecida a una torre.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-¡No lo sé! -respondió Lorris-. ¡Pero tal vez allí puedan salvar a Elga!

Izan asintió, y se pusieron en marcha de nuevo.

Capítulo V: "En el Oráculo"

Sin embargo, apenas unos momentos más tarde, la tempestad arreció súbitamente, y Lorris se encontró solo en mitad del páramo.

-¡Izan! -gritó.

No obtuvo respuesta. Miró a su alrededor desconcertado, pero el furioso torbellino de nieve le impedía ver nada.

-¿Izan? -repitió Lorris.

Ona asomó la cabeza por el bolsillo del elfo.

-¿¡Qué pasa!?! -chilló.

Lorris no la oyó, pero la fugaz adivinó por sus facciones lo que había sucedido.

El elfo había perdido de vista, no sólo a Izan y Elga, sino también la torre salvadora. Tenía una ligera noción de dónde estaba Arsis, pero, como se habían desviado del camino al avistar la torre, ahora se hallaba totalmente perdido, sin saber hacia dónde ir.

-¡Izan, Elga! -gritó.

Siguió caminando sin rumbo fijo hasta que el cansancio lo venció, y, rendido, cayó sobre la nieve. Ona no se atrevió a salir de su bolsillo. Sólo un momento para tratar de llegar hasta el rostro del elfo con la intención de despertarlo, pero el viento estuvo a punto de arrastrarla, así que decidió quedarse en el interior de su refugio de tela.

"No sé cuánto durará esto", pensó la fugaz. "Si no nos salvan pronto, moriremos congelados".

Y Ona se acurrucó en el bolsillo de Lorris y se encogió sobre sí misma, para guardar el calor. Cerró los ojos y se sumió en un extraño letargo.

Izan había perdido de vista al elfo. "Con esa pierna no habrá podido ir muy lejos", pensó. "Pero... ¿hacia dónde?"

Protegiendo a Elga como podía de la ventisca, trató de avanzar, pero no llegó mucho más allá. Tropezó y, agotado, cayó de bruces sobre la nieve. Y allí se quedó, aún con un brazo en torno a Elga con gesto protector.

* * *

Aron servía al Oráculo. Siempre había servido al Oráculo, hasta donde podía recordar. Había llegado allí de niño porque sus padres querían que recibiera una buena educación pero, una vez alcanzó la mayoría de edad, prefirió quedarse allí en lugar de volver al bullicioso Reino de los Humanos.

Ahora, Aran era ya anciano. Había dedicado toda su vida a la reflexión y a la contemplación y, aunque muchos no pudieran comprenderlo, Aron podía decir que era feliz.

En el país de las nieves perpetuas, el Oráculo era una especie de refugio, un mundo aparte, resguardado de las ventiscas, cálido y acogedor.

Pero aquel día había sucedido algo que había turbado la paz del Oráculo.

Eran cuatro. Un elfo, dos humanos y un fugaz. Aron los había visto acercarse desde la cúpula del Oráculo. En realidad, de lejos no se había percatado de la presencia del fugaz, ni tampoco de la identidad del elfo. Como, pese a la ventisca provocada por los sacerdotes, seguían acercándose, Aron decidió que podían aumentar la violencia de la tormenta.

Cuando los tres -los cuatro- cayeron al suelo agotados, Aran sintió algo extraño. No era una certeza, sino más bien una impresión, una premonición.

Corrió a informar a sus superiores y a solicitar permiso

para rescatar a los viajeros, que yacían inconscientes, tal vez muertos, al pie del Oráculo.

* * *

-...la ha salvado. No hay otra explicación. Sólo que resulta muy extraño que...

-...¿un círculo de curación?

-...o de protección, tal vez...

Elga oía voces lejanas, que hablaban en susurros. Tuvo la sensación de que se referían a ella.

Movió la cabeza con cuidado y trató de abrir los ojos. Las voces susurrantes enmudecieron.

-Ya vuelve en sí -observó otra voz.

Elga gimió. Lo último que recordaba era que había estallado la tormenta, y los cuatro -Lorris, Izan, Ona y ella- habían caído del lomo del dragón, y luego... Luego, oscuridad.

Intentó levantarse. Una mano, suave pero firme, se lo impidió.

-Debes descansar.

Elga miró a su alrededor. Estaba rodeada de personajes de túnicas blancas. Había un anciano humano, un enano de barba blanca, dos humanos jóvenes y una extraña criatura que, al taparse con la capucha, no permitía ver su rostro, pero que imponía respeto con su sola presencia.

-Qué... -musité Elga.

El encapuchado y el anciano humano cruzaron una mirada. Éste despidió a los jóvenes, que salieron de la habitación sin hacer ruido, y se volvió de nuevo hacia Elga.

-Has tenido suerte, muchacha -dijo-. Podías haber muerto ahí fuera.

Elga ladeó la cabeza, mareada.

-¿Dónde estoy? -preguntó.

-En el Oráculo -respondió el encapuchado.

-El Oráculo... -repitió Elga.

Había oído hablar del Oráculo. Todo cuentos infantiles. En Raden, hablar del Oráculo era como hablar de algo lejano, irreal.

El Oráculo, según se contaba, había sido el antiguo lugar de reunión de los hechiceros más poderosos de la tierra. En el Oráculo se habían discutido cuestiones trascendentales, y se habían realizado los más atrevidos hechizos. Cuando la magia desapareció del mundo, un grupo de sacerdotes de Kilian, diosa del Conocimiento, se había encaminado allí para descubrir la verdad acerca de la magia, y para poder restituirla al mundo.

A los sacerdotes fueron uniéndose eruditos, estudiosos e interesados en el tema, y pronto el Oráculo había pasado de ser antiguo centro de la Magia a ser centro del Conocimiento.

No se había sabido nunca qué era lo que los monjes del Oráculo habían descubierto sobre la magia. Porque parecía como si hubieran olvidado su propósito primitivo, y ahora se dedicaran a todo tipo de cuestiones, dejando de lado la de la magia. El Oráculo era donde se escribían los libros, donde se encontraban todas las razas para llegar al Conocimiento, al Más Allá.

Poco a poco, el Oráculo se había ido cerrando al exterior. Era cierto que aún viajaba la gente hasta allí para hacer preguntas o consultar sobre cuestiones importantes, pero las tormentas de nieve lo hacían casi inaccesible y, además, se decía que sólo entraba en el Oráculo quien dictaminaban sus moradores que podía hacerlo.

"Si Izan estuviera aquí", pensó Elga. "Tal vez esta gente podría resolverle todas sus dudas".

Se enderezó inmediatamente. ¡Izan! Izan, Lorris, Ona...

¿dónde estaban? ¿Habrían sobrevivido a la caída?

-Mis amigos... -dijo vacilante.

-Están bien -dijo el enano con voz ronca-. Cansados, pero están bien.

Elga respiró profundamente.

-Ese elfo que viajaba contigo -añadió el anciano-, ¿de dónde viene, y a dónde va?

-No tan deprisa, Aran -susurró el encapuchado-. La joven está cansada...

-No, no, en absoluto -interrumpió Elga-. ¿Dónde está Lorris? ¿Puedo verle?

-El elfo está recuperándose de la larga exposición al frío y la nieve.

-¿Y los demás?

-El humano ya se encuentra bien. La fugaz aún necesita reposo.

-¿Izan? -dijo Elga-. ¿Puedo hablar con él?

El encapuchado, el enano y el anciano cruzaron una mirada.

-Está bien -dijo el primero.

Elga se levantó con cuidado del lecho. El encapuchado ya estaba en la puerta, indicándole que le siguiera. Elga lo hizo. Tras ella marchaba el anciano humano. El enano se quedó en la habitación.

Avanzaron por los pasillos del Oráculo en silencio.

Era una construcción de sólidos muros grises, y techos altísimos abovedados. Grandes ventanales se abrían a los lados, cubiertos de enormes cristales, que, sin embargo, no dejaban pasar un solo sonido de la furiosa tormenta que se veía en el exterior.

-Éste es el centro del Saber de Ilesan -dijo el humano con voz grave, detrás de Elga-. Y por tal motivo los que vienen aquí

lo hacen con ánimo de conocerlo todo, de descubrirlo todo. Yo, por mi parte, tengo aún un misterio que aclarar: cómo lograste sobrevivir a la congelación.

Elga se detuvo y se giró en redondo.

-¿Entonces no me han curado aquí?-preguntó.

-Lo habíamos discutido ya, Aron -intervino el encapuchado sin volverse-. Se trata del amuleto.

-El amuleto -repitió Aron-. Niña, ¿de dónde has sacado ese colgante?

Elga había olvidado por completo el amuleto que le había dado Frela Darildia, la Reina de los fugaces.

-¿El medallón me salvó? -preguntó.

-Indudablemente -respondió el encapuchado-. Es mágico. ¿Cómo lo conseguiste?

-Me lo regaló... bueno, no importa. Es una larga historia.

-Es una larga historia -repitió Aron-. No lo dudo. Nos la relatarás... en un momento.

Entraron en una amplia habitación con un enorme ventanal. Junto a él, contemplando la nieve, asomado al exterior, estaba Izan.

Se volvió cuando oyó que la puerta se abría.

-¡Vaya, la bella durmiente! -comentó con sarcasmo-. ¿Dónde está tu amigo, ése de las orejas puntiagudas?

Elga no respondió. Ya estaba acostumbrada a las impertinencias de Izan y, en el fondo, era un alivio oírlas de nuevo.

Capítulo VI: "El poder de los elfos"

Lorris tardó algo más que los otros en recuperar la salud. Ona, que había permanecido algo resguardada del frío en su bolsillo, a pesar de su fragilidad terminó reponiéndose también.

El Oráculo resultaba un refugio cálido y acogedor. Los cuatro amigos solían quedarse mirando a través de los ventanales las ventiscas que azotaban el Reino de los Darai, y no les entraban muchas ganas de volver a salir.

A menudo veían a más seres encapuchados, pero a ninguno lograron verle la cara. A Lorris le recordaban a las criaturas de negro que pululaban por Ilesan, y aquella idea lo llenaba de inquietud.

El elfo, cuando se encontró mejor y vio que su pierna ya estaba prácticamente curada, solicitó una entrevista con el Superior del Oráculo. Los monjes de allí, entre ellos Aron, no deseaban otra cosa.

En realidad, ambas partes tenían mucho de qué hablar.

Cuando los visitantes se hubieron repuesto del todo, se celebró la reunión.

Asistieron a ella todos los monjes del Oráculo, con excepción de los llegados recientemente y los acólitos. Elga, Lorris, Izan y Ona pudieron ver allí a representantes de la mayoría de las razas. Había humanos, enanos, seres encapuchados, varios fugaces (dos ancianos, una fugaz ya madura y uno joven como Ona), incluso dos duendes, y absolutamente todos vestían las túnicas blancas correspondientes a la pertenencia al Oráculo.

Lorris relató su historia con pelos y señales. Por primera vez desde que salió del Bosque fue capaz de relatar todo lo que había sucedido, incluido lo referente a Silvania, el Espejo Sagrado y el juicio. Elga, que escuchaba la historia completa por

vez primera, entendió de golpe muchas cosas acerca de su amigo que hasta entonces habían escapado a su comprensión. Pero también se percató de lo mucho que debía de haber cambiado el elfo para poder hablar ahora de ello, teniendo en cuenta lo que le dolía recordarlo.

El consejo guardó silencio durante la narración, y unos largos minutos después de ella.

La criatura encapuchada que había atendido a Elga a su llegada tomó la palabra.

-Mi nombre es Orial -dijo-, y soy el Superior del Oráculo. Hemos escuchado tu historia, Lorris DeLendam, y sabemos que no mientes. Ahora conocerás la nuestra, la historia del Reino de los Darai, que afecta a todo Ilesan, y que te concierne también a ti y a tu pueblo.

Lorris asintió.

-Yo mismo soy un darai -prosiguió Orial-. No conocéis nada sobre nosotros allá fuera. No es de extrañar; no nos damos a conocer.

Orial se quitó la capucha. Lorris, Elga, Izan y Ona lanzaron una exclamación de asombro.

Nunca habían visto un darai.

Tenía la piel de un extraño azul pálido. Sus ojos eran alargados, y sus pupilas eran azules, tan claras que parecían transparentes. Su cabeza, absolutamente desprovista de cabellos, era alargada y perfectamente redondeada. Transmitía e irradiaba una extraña sensación de paz y sabiduría.

-Habéis venido aquí en busca de respuestas -prosiguió Orial-. En el Oráculo encontraréis algunas... pero no todas.

>> Cuenta la leyenda que este gélido Reino fue ofrecido a los darai por los dioses a cambio de una sabiduría especial, que los situara por encima de las demás razas de Ilesan. Los darai aceptaron, y por ello se les otorgó el derecho de ser centro de la

magia del mundo. Por eso se creó aquí el Oráculo, y por eso aceptamos vivir siempre entre las nieves. Fue lo que tuvimos que pagar por la tranquilidad, por el aislamiento, por nuestra innata sabiduría.

>>Al nordeste, en los confines del Reino de los Darai, está el Palacio de Cristal. Allí vive Amaranda, la Hechicera, una humana que ha encontrado el camino de la magia, al igual que otros como Frela Darildia, Ordulkar o, en mayor grado, Valnor el Vengador.

-¿Quién? -preguntó Lorris.

-Valnor el Vengador -repitió Oriol-. En aquél a quien Ordulkar servía. Es quien tiene atrapada a Amaranda en el Palacio de Cristal, es quien busca a los elfos por todo el mundo, es, en definitiva, quien siembra el terror en Ilesan.

Lorris se estremeció. Ahí tenía la respuesta.

Valnor. Valnor el Vengador.

-Tiene bajo su mando un ejército de darai renegados -continuó Oriol-, que visten túnicas negras y recorren Ilesan en busca de los elfos.

-¡De manera que de eso se trata! -exclamó Elga-. ¡Darai! ¿Y de dónde han sacado tanto poder?

Oriol rió desde las profundidades de su capucha, que se había vuelto a poner.

-Todos los darai poseen esos poderes, Elga -dijo-. Es la magia. Aunque no todos saben utilizarla. Valnor ha enseñado algo a los suyos.

-¡Magia! -repitió Izan, levantándose de un salto-. ¿Qué es la magia? ¿Cómo se domina? ¿Quién la posee?

Elga lo hizo sentarse sin contemplaciones. Aron frunció el cerio. Oriol no dijo nada.

Izan lamentó no haberse mordido la lengua.

-La magia -dijo entonces Oriol, y se volvió de nuevo hacia

Lorris-. Elfo, ¿qué sabes tú de la magia?

La mente de Lorris retrocedió en el tiempo. Evocó la lejana Ysperel, con sus palacios de cristal. Recordó el Templo de Arsis y el Espejo Sagrado.

-Poca cosa -confesó-. En el Reino de los Elfos, la única magia era la magia de la naturaleza. El poder de los sacerdotes les era otorgado por Arsis. Podían hacer que una cúpula vegetal cubriera Ysperel por la noche... podían comunicarse con Arsis mediante el Espejo Sagrado... podían... -al elfo no se le ocurría nada más.

-Podían hacer muchas cosas más -intervino Aron con voz grave-. Sólo que nunca lo intentaron. Sólo sabían lo que Arsis les había enseñado.

-La magia desapareció del mundo -dijo Oriol-. Eso dicen todos. Pero en realidad, no desapareció. Los hombres la olvidaron. La magia ha permanecido dormida todo este tiempo.

-¿Por qué? -preguntó Lorris-. ¿Qué sucedió?

-Un hechicero elfo y un hechicero humano -respondió Oriol-. Hace mucho, muchísimo tiempo. Ellos acumularon gran cantidad de poder. Llegaron a ser casi tan poderosos como los dioses.

>>Eso sucedió en la época en que la magia regía absolutamente todo en el mundo. El hechicero elfo se procuró la Corona del Poder, y el humano consiguió otro objeto mágico: el Báculo Elemental. Ambos hechiceros quisieron dominar el mundo, y lucharon entre ellos.

>>Fue una guerra terrible. Y lo peor fue que todas las razas participaron en ella. Incluidos los darai. Incluidos los dragones.

-¡La participación de los dragones, que hasta entonces siempre habían sido imparciales, desequilibró la balanza. La guerra se convirtió en una catástrofe. En la batalla final, ambos

hechiceros se destruyeron mutuamente. La cantidad de magia liberada fue tal que el equilibrio del mundo se rompió.

>> Los dioses decidieron que nunca más cometerían el mismo error. La magia fue restringida, y los objetos mágicos desaparecieron del mundo. Los elfos se encerraron en el Bosque, con un terror reverencial a la noche, puesto que había sido de noche cuando la magia de los dos hechiceros se liberó y ellos tuvieron que abandonar el mundo; además, de entre todos los dioses, sólo Arsis, dios del sol, quiso acogerlos bajo su manto.

>>Los dragones jamás debieron haber entrado en la guerra. Sin embargo, fueron los únicos que no sufrieron sus consecuencias: debido a su longeva vida, aún conservan íntegra su magia.

>>Para el resto de las razas, la magia pasó a ser considerada como algo maldito.

>>Muchos siglos más tarde, tuvo lugar la llamada Guerra del Tesoro, entre enanos y humanos, por un motivo estúpido: un grupo formado por enanos y humanos había robado el tesoro de un dragón, y más tarde se entabló una disputa sobre el reparto del botín.

>>Los dragones también intervinieron en esta ocasión. Los dragones rojos de Elidor, el país situado al sur de Ilesan, a cuya raza pertenecía el dragón agraviado, se pusieron de parte de los enanos, puesto que eran partidarios de devolver el botín; los dragones de Ilesan apoyaron a los humanos, que querían quedárselo, debido a que nunca aprobaron la costumbre de sus congéneres elidorianos de acumular tesoros.

>>Ya habrás oído hablar de esa guerra. Fue una escaramuza sin importancia comparada con la anterior, pero sirvió para que se olvidara completamente la magia, y para que todo lo anterior fuera considerado leyenda.

>>Con todo, la magia nunca llegó a desaparecer de Ilesan.

>>Existen siete razas en nuestro continente. Tres de ellas poseen magia innata. Una cuarta, sólo un poco. Otras dos, pueden aprenderla. Y la última, no puede poseerla de ninguna manera.

Los cuatro visitantes se miraron unos a otros con incertidumbre. Hasta el momento habían desconocido por completo esa parte de la historia de Ilesan, y les costaba asimilarla.

-La raza que no posee magia -explicó Oriol-, es la de los enanos. Por ello siempre tuvieron que defenderse con armas, y por ello desarrollaron tanto sus artes en herrería y fabricación de armas.

>>Las dos razas que pueden aprenderla son los duendes y los humanos. Utilizan para ello fórmulas mágicas, palabras que ellos llaman "hechizos". Sin esos hechizos, no pueden convocar la magia.

>>La cuarta raza, la que posee sólo un poco de magia, es la de los fugaces. Es la magia de la luz. Es muy débil, pero es magia al fin y al cabo, y no necesitan hechizos para convocarla.

>>En cuanto a las tres razas mágicas... Los dragones poseen la llamada Magia Inferior. Es la Magia del Poder.

>>Los darai poseemos la llamada Magia Media. La Magia del Pensamiento.

>>Y, finalmente, son los elfos los poseedores de la más poderosa de las magias: la Magia Superior, la Magia de la Vida.

Lorris se quedó sin respiración por un momento. Miró fijamente a Oriol, tratando de asimilar todo aquello que estaba escuchando.

-Pero tiene que haber un error -dijo-. Los elfos no somos magos.

-La magia se olvidó hace mucho tiempo -le recordó Oriol-. Tanto los darai como los elfos han de reencontrarla. Los fugaces

ya la han recuperado, y los duendes y los humanos han olvidado cómo aprenderla. Todos los libros de hechicería fueron destruidos después de la Gran Batalla. Actualmente, los dragones son los más poderosos, porque aún conservan íntegra toda su magia, la Magia Inferior. Por tal motivo, Valnor se ha establecido en el Reino de los Darai; es el único lugar al que los dragones no pueden llegar.

>>Por eso también persigue a los elfos para que ninguno de ellos pueda reencontrarse con la magia y derrotarlo. Y se ha atraído a muchos darai a su lado, y les ha enseñado su magia, para que la última raza mágica que le queda tampoco pueda derrotarle.

-¿Y los darai que quedan? ¿No pueden hacer nada?

-Los darai oscuros son más numerosos que los que no se han unido a Valnor -contestó Oriol-. Además, los darai que quedan son campesinos, tienen miedo y no saben cómo utilizar su magia. Yo mismo lo he intentado; pero no sé cómo encontrarla.

-Pero hay seres que poseen más poder del que deberían -hizo notar Izan acaloradamente-. ¿Qué me dices de Frela Darildia? ¿O de la misma Amaranda? ¿O de Ordulkar?

-Hay algunos que tienen el don de la magia aunque no les corresponda -explicó Oriol-. Es una forma que tienen los dioses de mantener la magia en el mundo de forma que quede equilibrada. Una dádiva divina a unos pocos escogidos. Como un favor especial.

Elga miró de reojo a Izan. Éste mantenía el rostro impenetrable. Lorris sacudió la cabeza.

-Me quedan tantas preguntas por hacer -dijo-. Apenas puedo ordenarlas en mi mente.

-Lo comprendemos -respondió Oriol-. Aunque no podremos resolver todas tus dudas, puedes formular todas las

preguntas que quieras.

Pero fue Elga quien preguntó:

-¿Por qué Ordulkar y los suyos no se internaron en el Bosque?

-Sencillo -respondió Izan con voz queda-. Temen a los elfos. Y los elfos, mientras estén en el Bosque, no representan ninguna amenaza.

-Pero, por ejemplo -dijo Lorris-, los dragones poseen magia. Y las tormentas las provocan los monjes del Oráculo.

-Te equivocas -respondió Aron-. Sólo protegemos un pequeño radio de acción alrededor del Oráculo. El resto de tormentas son naturales.

-¿Cómo lo hacéis? -quiso saber Elga.

-Hay en el centro del Oráculo una enorme piedra redonda. En ella, hay grabadas unas palabras. Mucho me temo que, junto con ese medallón tuyo, la piedra sea uno de los últimos objetos mágicos que quedan en Ilesan. Es, seguramente, un legado de los magos que vivieron aquí hace tanto tiempo. Tiene la propiedad de alterar el tiempo atmosférico en cierto radio que rodea el Oráculo. Se usa simplemente rodeándola, apoyando las manos sobre ella y pronunciando las palabras. Es una forma que tenían los hechiceros de evitar visitas inoportunas, y que nosotros empleamos de vez en cuando.

Sobrevino un tenso silencio, que finalmente rompió Oriol.

-Si alguien puede derrotar a Valnor el Vengador, ése es un elfo, y sin duda los dioses te han elegido a ti, Lorris DeLendam.

Lorris sintió que se le encogía el estómago. Maldijo el día en que se le ocurrió desafiar sus creencias y salir al Bosque de noche.

Y todo por una doncella elfa.

Capítulo VII: "Inen"

-Es lo único que puedes hacer -había proseguido Orial-. Debes enfrentarte a Valnor, es tu destino. Porque Amaranda te solicitó ayuda y, porque si no lo haces, el poder del Vengador se extenderá por todo Ilesan... incluido el sagrado Bosque de los elfos.

Y Lorris lo había aceptado. Más por amor a su Bosque que por verdadero valor.

Ahora contemplaba pensativo el páramo nevado desde uno de los ventanales del Oráculo.

Dentro de unas horas partirían hacia Inen.

Orial les había aconsejado que se dirigieran allá. Inen era una aldea darai al pie de las montañas del norte, las que limitaban con el Mar de Hielo que separaba Ilesan del continente de Keminor. En Inen había varios darai insumisos que habían provocado rebeliones con anterioridad. Si pasaban por allí, lograrían reclutar a algunos voluntarios.

-Lorris...

El elfo volvió a la realidad. Elga estaba en la puerta.

-¿Algo nuevo? -preguntó al ver la expresión de la muchacha.

-He estado hablando con Orial -respondió ella-. Me ha contado que hace tiempo vino un humano al Oráculo, con una pregunta que ellos no supieron responder. Le aconsejaron que fuera a visitar a Amaranda.

-¿Qué más?

-Lorris, ese humano dijo que había dejado mujer y una hija en Raden, en el Reino de los Humanos. Le he preguntado a Orial cómo era, y la descripción coincide.

El elfo comprendió de pronto lo que Elga quería decir.

-¿Tu padre? -preguntó.

Ella asintió.

-¿Y qué era lo que quería preguntar a Amaranda?

-Oriol dice que no lo recuerda. Algo sobre el remedio a una enfermedad. Pero no recuerda más.

Cayó entre ellos un incómodo silencio, que finalmente Elga se atrevió a romper.

-Debo ir contigo -dijo-. Al Palacio de Cristal. A rescatar a Amaranda. Tal vez ella sepa de mi padre.

Lorris supo que nada de lo que él dijera podría disuadirla de su propósito.

-A propósito -añadió la muchacha-. Aron nos acompañará.

-¿Aron? -repitió Lorris-. ¿El anciano humano?

-Seré anciano, pero aún estoy en excelente forma física -rezongó el propio Aron entrando en la habitación-. Todo está dispuesto para partir. Yo os guiaré hasta Inen.

Los monjes del Oráculo les habían provisionado con comida, agua y abundante ropa de abrigo. Apenas un par de horas después, abandonaron el Oráculo en dirección al poblado darai.

A Ona le habían ofrecido quedarse en el Oráculo hasta que regresaran sus amigos, pero ella no había aceptado. Estaba decidida a acompañarlos hasta el final.

Izan, por su parte, no había preguntado nada más sobre la magia, ni había relatado a los monjes su experiencia con la dama del río, aunque Lorris le había aconsejado que lo hiciera. No dio explicaciones de por qué seguía con ellos, aunque el elfo se figuró que quería hablar personalmente con Amaranda, que parecía encontrarse en la misma situación que él.

El viaje a Inen fue largo y penoso. Tuvieron que hacer frente a tres ventiscas y tardaron varios días en llegar. Durante las frías veladas al abrigo de solitarias rocas, Aron les contaba

historias acerca del Oráculo y de los darai, que vivían entre los hielos.

Ninguno de los cuatro hablaba mucho. Estaban cansados. Lorris soñaba con Ysperel y el Bosque, olvidando a menudo que era un desterrado y no podría volver a menos que su honor se viera restablecido.

Elga veía muy lejana aquella tarde en que salvó al elfo de los enfurecidos aldeanos de Raden. Había madurado mucho desde que se marchara alocadamente de su pueblo "a vivir aventuras". Y ahora, lo echaba de menos. Pero sólo el recuerdo de su padre y la posibilidad de que Amaranda le diera alguna pista sobre su paradero la animaba a continuar.

Ona sentía nostalgia del Reino de los Fugaces. Después de su larga permanencia en el Reino de los Humanos se había embarcado en una aventura de la cual tal vez no saldría con vida. ¿Por qué lo había hecho? Ella estaba segura de que Sithgel, la diosa Fugaz, así lo había querido.

Izan, por su parte, no echaba nada de menos. Su tío en Aders no le inspiraba ninguna nostalgia. Pero, sin embargo...

Aron observaba prudentemente a sus cuatro acompañantes y sonreía compasivamente, como si pudiera leerles el pensamiento... y el corazón.

Después del largo viaje, por fin una tarde avistaron Inen.

Era una aldea grande, con casas de piedra. El humo de los hogares se elevaba en columnas hasta el cielo gris, dando una sensación acogedora, como si el poblado quisiera dar la bienvenida al viajero.

Un grupo de darai salió a recibirles. Aran les hizo saber quiénes eran y de dónde venían, y ellos inmediatamente les abrieron las puertas. Y decidieron convocar una reunión al día siguiente.

El modo de vida de los darai, sencillo y humilde, llamó

mucho la atención a Lorris, y así se lo hizo saber a su anfitriona, una agradable mujer darai llamada Ailen.

-Nosotros los darai -respondió ella-, vivimos entre las nieves porque nuestros antepasados así lo decidieron. Alguien tenía que ocupar este territorio hostil. Y, por supuesto, con el tiempo aprendimos a amar nuestra tierra. Indudablemente, podríamos llevar una vida mejor. ¿Pero para qué la queremos? Los darai apreciamos más nuestra cálida lumbre, las nieves en el exterior y nuestras humildes casas antes que las grandes riquezas que despiertan la codicia de las demás razas de Ilesan.

Lorris pensó que la filosofía de los darai parecía lógica; él, sin embargo, no habría sido capaz de soportar mucho tiempo viviendo en aquel país helado, donde pocas veces podía verse a Arsis en el firmamento.

Al día siguiente tuvo lugar la reunión de Inen.

Aron les expuso a todos la situación. Les habló de Valnor y su odio a los elfos; habló de Lorris y su procedencia, sus hazañas por los siete Reinos y de su enfrentamiento victorioso con Ordulkar.

Los darai escucharon en silencio, inclinando sus cabezas alargadas carentes de cabellos. Se hacían cargo de la situación.

-Todo eso lo comprendemos -intervino un darai, dando una dubitativa mirada circular-. Y entendemos la decisión del Oráculo. Pero... ¿podría un solo elfo derrotar al poderosísimo Valnor el Vengador, el Hechicero?

-Valnor el Vengador es sólo uno -replicó Aron-. Sus hombres son darai. Darai renegados, pero darai al fin y al cabo. Y están desorganizados después de la caída de Ordulkar en el Reino de los Enanos.

-Pero los darai oscuros poseen magia -objetó el otro.

-Y tú también -respondió Aron-. La Magia Media, la Magia del Pensamiento.

-Ellos saben utilizarla... Nosotros hemos empleado todas nuestras energías en sobrevivir en este bloque de hielo. Hemos olvidado la magia. Y no podemos aprenderla tan rápidamente.

-¡El elfo! -exclamó otro darai-. ¿El elfo sabe utilizar su magia?

-Me temo que no -replicó Lorris.

Sobrevino un profundo silencio. Lorris se sintió incómodo.

-Encontrará la magia -afirmó Aron-. La encontrará.

El darai que había hablado primero asintió.

-Cuando la encuentre -dijo-, le seguiremos donde sea. Pero acudir ahora al encuentro de Valnor sería un suicidio.

Aron y Lorris cruzaron una mirada. Sabían que tenía razón.

-Mostradme el camino de la magia -pidió Lorris en voz alta.

Sorprendentemente, fue la voz de Izan, el humano, la que rompió el silencio. Moviendo la cabeza, el muchacho dijo quedamente:

-Eso, debes encontrarlo por ti mismo.

Nuevo silencio. Los darai asintieron gravemente.

-Dadme una semana -dijo Lorris-. Dadme una semana para encontrarme a mí mismo y a la magia.

-¿Una semana? -repitió Elga-. Lorris, ¿qué quieres decir?

Lorris no respondió.

-No lo entenderías -murmuró Izan, y Elga le dirigió una mirada irritada.

-No soy tan simple -protestó.

Izan negó con la cabeza.

-No me refería a eso -fue lo único que dijo.

Elga decidió ignorarlo.

Los darai se habían reunido en grupos pequeños y estaban

deliberando. Elga se quedó mirándolos un buen rato, admirando lo suave y delicado de sus movimientos, su palabras, sus gestos...

Finalmente uno de ellos tomó la palabra, dirigiéndose a Lorris:

-Conocemos a alguien que tal vez pueda ayudarte.

Lorris le miró interrogante, e incluso Aron pareció sorprendido.

-Su nombre es Margai -prosiguió el darai-, y vive en Uk. Es un niño a quien los dioses han otorgado más poder del que debería tener.

-Un elegido -murmuró Lorris.

-Posee la Magia del Pensamiento más poderosa que jamás hemos visto -prosiguió el darai-. Y sabe utilizarla.

-¿Un niño, has dicho?

-Apenas supera los seis años de edad. Pero su poder telepático es increíble, y es más inteligente que muchos adultos.

-Y vive en Uk -concluyó Aron-. No sabía nada de él.

-Ha permanecido oculto hasta ahora. Por miedo a Valnor. Si lo descubriera...

-En el Oráculo habría estado seguro -dijo Aran-. Es el único lugar del Reino de los Darai al que Valnor no ha podido acceder.

-¿Cuánto tardarían en ir a Uk a buscarlo y volver? -intervino Lorris.

-Varios días -fue la respuesta.

Lorris, Izan y Elga cruzaron una mirada nerviosa.

-Cuanto más nos retrasemos, más crecerá el poder oscuro -dijo la humana-. Y ni siquiera sabemos si ese niño podrá ayudarte, Lorris.

-Tú eres nuestro as en la manga -dijo Izan-. Debes prepararte para enfrentarte a Valnor. No importa cuánto tiempo

necesites. Tómate el necesario. Elga miró fijamente a Izan.

-¿Y tú? -preguntó-. Esa mujer que se te apareció te dijo que habías sido elegido. ¿Significa eso que posees magia?

-Significa eso que poseo magia -confirmó Izan con una sonrisa cansada-. Y que no necesito de hechizos para invocarla. Pero aún no ha llegado el momento. Todavía no. Es demasiado pronto.

-¿¡Demasiado pronto para qué!?! -casi gritó Elga-. ¡No me vengas con acertijos ahora!

Lorris impuso paz con un gesto. Elga se calmó un poco.

-Es una situación difícil -dijo el elfo-. Nos vendrán bien unos días de reflexión mientras llega Margai.

Sonrió para su colete. Apenas unos meses antes, habría dicho: "¿Reflexión...? ¿Qué diablos significa eso?".

-Puedes sentir la magia dentro de ti -afirmó Izan en voz baja-. Lucha por salir al exterior, pero no sabe cómo. Ésa es la fuente de todas tus dudas. Lorris lo miró sorprendido.

-¿Y tú? -inquirió-. ¿No sientes lo mismo?

Izan negó con la cabeza.

-Todavía no -respondió-. Siento que la magia está ahí. Pero aún en calma. Todavía no es el momento.

Y Elga comprendió por fin.

Capítulo VIII: "Ataque sorpresa"

Lorris miró largamente el pedazo de cristal que tenía entre las manos. El fragmento de Espejo Sagrado que los sacerdotes elfos jamás lograron encontrar, por más que lo buscaron. Lo movió un poco para que la luz de Arsis, que se filtraba tímidamente por entre las nubes cenicientas, se reflejara en él.

Recordó cómo lo había asistido en su lucha contra Ordulkar, en la batalla final. Cómo otorgó a Cortacabezas y el príncipe Kerin la fuerza suficiente como para atravesar el escudo de protección y la armadura de arkal del tirano.

Y las palabras del enano al despedirse: "Tu dios está contigo, elfo; no tienes nada que temer".

Lorris suspiró. ¿Imaginaría siquiera Kerin a lo que iba a enfrentarse su amigo?

El elfo se hallaba completamente solo en el páramo, a media hora de Inen. Desde la reunión con los darai, habían pasado tres días. Los mensajeros que habían partido hacia Uk en busca del niño elegido tardarían aún tres días más en volver.

Desde aquel día, Lorris se había aficionado a dar largos y solitarios paseos desde el amanecer hasta el anochecer, preocupado y meditabundo. No dejaba de interrogarse sobre la magia y sobre su destino, que veía tan dudoso como cuando salió del Bosque para adentrarse en lo desconocido.

Lorris sacudió la cabeza. Era como había dicho Izan. La magia luchaba por salir al exterior en alguna parte de su ser, pero no hallaba el camino.

Lorris recostó la espalda en el tronco del árbol bajo el cual se había sentado. Se preguntó si no hubiera sido mejor quedarse en Ysperel, sumido en la ignorancia y el terror a la noche, en lugar de salir al Bosque en las Horas Oscuras en busca de la verdad.

"Antes creía que lo sabía todo", se dijo con amargura. "Todos los elfos creen que lo saben todo, y están equivocados. Sin embargo, cuanto más sé, menos entiendo. ¿Es eso posible?".

La mente de Lorris bullía de interrogantes. Cerró los ojos un momento y evitó pensar en nada. Cuando los abrió, se dio cuenta de que ya estaba atardeciendo.

Decidió volver.

Emprendió el camino de regreso a Inen despacio; no tenía prisa.

Pero según iba acercándose a la aldea darai fue apareciendo en su alma un extraño sentimiento de temor y desasosiego, que fue aumentando a medida que se aproximaba.

"Es ridículo", pensó irritado.

Sin embargo, caminó más deprisa... y terminó por echar a correr. Cuando llegó a Inen se detuvo bruscamente, paralizado por el espanto.

La aldea había sido atacada. Las casas ardían, y el suelo estaba sembrado de darai heridos o sin vida. En algún lugar, entre el crepitar de las llamas, un niño lloraba, aumentando así el caos que reinaba en la saqueada Inen. Lorris sólo pudo dar un paso. La escena lo atraía y lo repelía a la vez.

-Esto... -murmuró.

Se le quebró la voz. De todas formas, se dijo, nadie podía escucharlo.

-Esto es obra de los darai oscuros -completó una voz grave detrás de él-. Obra de Valnor el Vengador.

Lorris dio media vuelta. Tras él estaba Aron. El anciano humano parecía agotado.

-Qué... -musitó el elfo.

-Las tropas de Valnor llegaron a media tarde -respondió Aron-. Te buscaban a ti, supongo. Afortunadamente, te alejaste lo bastante como para que no pudieran percibir tu presencia.

Lorris se giró en redondo de nuevo hacia la devastada Inen.

-¿Han muerto... todos? -dijo con la garganta seca.

Aron sonrió.

-No -respondió-. Hay muchos supervivientes. Pero ha sido una tragedia.

Lorris sintió que tenía un nudo en la garganta. Tuvo que carraspear antes de hablar.

-Todo ha sido por culpa mía -afirmó-. Me buscaban a mí.

-Es el precio que hay que pagar -suspiró Aron-. Todo héroe tiene que hacerse a la idea de que tarde o temprano alguien pondrá precio a su cabeza.

-Es un precio... demasiado alto.

-Es pequeño en comparación con lo que Valnor haría si dominara todo Ilesan. Lorris movió la cabeza.

-Todos tenéis vuestras esperanzas puestas en mí -dijo-. Pero, ¿y si fallo?

-Quien no se arriesga no consigue nada, Lorris -sentenció Aron-. Absolutamente nada. Hay que detener a Valnor, y hay que detenerlo ahora. Amaranda te escogió a ti. Ella sabría lo que hacía.

Lorris asintió en silencio, aún con su mirada puesta sobre Inen.

-Si yo hubiera sabido... -musitó.

-¿El qué? No habría cambiado nada. Tenía que suceder así.

Lorris se volvió bruscamente hacia Aron.

-¿Y mis amigos? ¿Están bien?

Aron no dijo nada. Echó a andar hacia la aldea darai y le hizo una seña al elfo para que lo siguiera. Lorris obedeció.

Entraron en una casa que, al parecer, se había salvado del ataque de las fuerzas de Valnor.

Allí los darai habían organizado una especie de hospital improvisado. Lorris, presa de un súbito temor, recorrió con la vista las camas dispuestas para los heridos.

Su mirada se tropezó con Elga quien, sentada sobre una cama, en apariencia bien físicamente, lloraba con desesperación.

Lorris se acercó casi corriendo (y tropezando con todo el mundo).

-Elga...

Ella alzó el rostro bañado en lágrimas.

-Elga, ¿estás...?

-¡No encuentro a Izan, Lorris! -dijo ella-. Lo he buscado por todas partes y no sé...

-Eh, vamos, tranquila...

Lorris la abrazó, incómodo.

-Tómala en serio -dijo de pronto una vocecilla en su oído-. No es una loca histérica. Izan ha desaparecido.

Lorris reconoció la voz como la de Ona, que se había sentado cómodamente en su hombro.

El elfo se separó un poco de la joven, y la miró fijamente.

-Está bien, Elga -dijo-. Voy a ir a buscarlo. ¿Dónde y cuándo lo viste por última vez?

Elga se secó las lágrimas. Respiró hondo una, dos, tres veces y tragó saliva.

-Ya estoy bien -dijo, pero le temblaba la voz.

-¿Qué ha pasado? -preguntó el elfo.

-Cuando llegaron los darai oscuros y su tropa, y se dieron cuenta de que tú no estabas, empezaron a buscarme a mí. Izan me llevó hasta un escondite y me hizo prometerle que, pasara lo que pasara, no me movería de ahí. Dijo que los entretendría un rato, y que se los llevaría lejos. Después, se marchó, y no lo volví a ver.

En la tersa frente del elfo apareció una profunda arruga de

preocupación.

-Se jugó la vida por mí, Lorris -murmuró Elga-. ¿Tú crees que estará...?

Se le quebró la voz, pero esta vez se tragó las lágrimas.

-No, Elga -respondió Lorris-. Creo que está vivo. Y creo que se encuentra en el Palacio de Cristal, prisionero de Valnor.

Elga se levantó de un salto, pero no dijo nada.

Juntos recorrieron Inen de parte a parte, en busca de Izan. Un viejo darai confirmó la teoría de Lorris: había visto cómo las huestes de Valnor se llevaban al joven humano consigo.

-El muy idiota -murmuró Elga, con los ojos llenos de lágrimas-. Me esperaba de él cualquier cosa menos esa.

Dirigió una mirada suplicante a Lorris.

-¿Por qué tenía que haberse dejado capturar? -musitó.

El elfo se encogió de hombros.

-Porque es idiota -replicó en voz baja.

Recordó casi sin darse cuenta un juicio en la lejana Ysperel, donde él mismo lo había dado todo por la mujer a la que amaba.

"Te portas de una forma muy estúpida cuando estás enamorado", le había dicho Larisa.

Cuánta razón tenía.

Capítulo IX: "Y nunca te enamores"

Lorris dio un sonoro puñetazo sobre la mesa. Los darai fueron guardando silencio.

-He convocado esta asamblea -dijo el elfo en voz alta-, porque la situación es realmente grave. Hoy Inen ha sido atacada, arrasada, devastada por las fuerzas del ser oscuro a quien llamamos Valnor el Vengador.

>>Sé muy bien... todos sabemos muy bien... a quién buscaban. Sabemos que, mientras yo siga aquí, los darai estarán en peligro. Los Oscuros volverán, y no dejarán de buscarme hasta que me encuentren.

>>Por tanto, he decidido que no puedo esperar tres días más. Es demasiado tiempo. He de acudir al encuentro del Vengador... ahora.

-Pero aún no dominas la magia -protestó uno-. ¡Ni siquiera la has encontrado!

Los darai, de ordinario tan tranquilos y reposados, ahora hablaban entre ellos en voz excesivamente alta, todos a la vez.

Lorris y Aron cruzaron una mirada. Podían sentir el miedo, la confusión y la incertidumbre que reinaban en los corazones de aquellas criaturas de los hielos.

El elfo tuvo que golpear la mesa de nuevo para que se hiciera el silencio. Los darai fueron recuperando la compostura.

-Yo personalmente -dijo Lorris-, pienso que la magia es como el valor. Una persona puede ser valiente y no saberlo, porque no ha tenido la oportunidad de demostrarlo. Es en esos momentos clave, que pocas veces se presentan, cuando la valentía se manifiesta.

>>Yo sé que poseo magia. Si la información del Oráculo es correcta, los elfos somos Magos Superiores, Magos de la Vida. Y, yo soy un elfo.

>>Y, como el valor, en el momento preciso se manifestará. Sólo que aún no ha llegado ese momento.

Lorris no dijo más. No añadió que la magia de Arsis lo había socorrido justo cuando más lo necesitaba en su lucha contra Ordulkar.

-La magia es como el valor -repitió un darai en voz alta-. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

-No lo estoy. Pero no tengo otra salida.

No mencionó para nada a Izan. Pero podía sentir a Elga temblando junto a él, deseando que la reunión terminara para ir a rescatarlo.

-Partiremos en cuanto todo esté listo -añadió.

Y esta vez, nadie se opuso.

Los darai estaban demasiado cansados.

Al amanecer todo estaba listo. Aron decidió acompañarles, pero, tras el desastre de Inen, ningún darai se unió a la expedición.

-Es como ir directos hacia un precipicio sin fondo -comentó Lorris lúgubrementes mientras salían de la aldea.

-Al menos en un precipicio sin fondo no te puedes estrellar contra el fondo -filosofó Ona.

-Pero sería espantoso pasarse toda la vida cayendo -observó Elga. Lorris permaneció en silencio mientras la humana y la fugaz se enfrascaban en un debate sobre caídas, alturas y fondos.

-Necesitan hablar de algo -dijo Aron en voz baja-. Necesitan tranquilizarse.

Lorris asintió. Lo comprendía.

El tiempo colaboró con el viaje. No tuvieron que enfrentarse con ninguna ventisca, al menos los dos primeros días.

Al anochecer del segundo día, mientras Lorris hacía la

guardia contemplando el fuego, y Aren y Ona dormían profundamente, Elga se levantó y fue a sentarse junto al elfo.

-¿No tendrías que estar acostada? -la regañó Lorris.

-En realidad quería hablar contigo, Lorris.-dijo ella al cabo de unos momento! de silencio.

Lorris ladeó la cabeza, sin apartar la vista de las llamas.

-¿De qué se trata?

-Últimamente todo sale mal por mi culpa -dijo Elga en voz baja-. Me siento como una carga inútil que no trae más que problemas. Debería haberme quedado en Raden.

-No digas tonterías -saltó Lorris-. Si no fuera por ti, yo no estaría aquí ahora. Tú te has ocupado de toda la parte práctica del viaje. La comida, el dinero, el equipaje... Tú organizaste (tú solita) la rebelión de Denils, tú me ayudaste a escapar de los duendes cuando yo casi no podía caminar, tú me libraste de los aldeanos de Raden, tú has sido mi compañera de aventuras desde que salí del Bosque... has hecho mucho, Elga. Más de lo que deberías.

Elga no respondió. Lorris contempló largo rato su rostro, brillante por las lágrimas, iluminado por el fuego.

-Te debo mucho -concluyó el elfo en voz baja.

Elga no hizo ningún movimiento. Era evidente que estaba pensando en otra cosa y no le había oído.

-¿Qué te pasa, Elga? -preguntó Lorris-. Es algo más que eso lo que te preocupa, ¿no? ¿Tienes... algún otro problema?

-Mi padre... -susurró ella.

Pero no lo dijo muy convencida, y Lorris lo notó.

-¿Y qué más? -insistió.

Ella seguía con la mirada fija en el fuego. Permaneció callada durante un momento y luego murmuró:

-Estoy preocupada por Izan.

Lorris se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a

llorar otra vez.

-Estás enamorada de él -observó.

Ella alzó la cabeza con brusquedad.

-No -dijo firmemente-. No, te equivocas.

Pero se levantó rápidamente y volvió a su sitio.

Lorris cerró los ojos. Sentía un dolor punzante en algún rincón de su ser. Sabía que Elga mentía, y se dio cuenta de pronto que realmente le importaba demasiado la relación de la muchacha con Izan.

Era algo que no había sentido nunca por nadie, excepto por Silvania.

"¡Pero no!", se rebeló su mente."¡No puedes haberte enamorado de ella, Lorris, es una «humana»! Y tú eres un elfo. Y ella está enamorada de otro, Izan, un humano".

Lorris gimió y se sujetó la cabeza con las manos.

Había roto la tercera regla: "Nunca te enamores".

¿Qué sentía Izan por Elga? ¿Lo mismo? Desde luego, más de una vez Lorris se había sorprendido al ver al humano, que parecía tener un corazón duro como el acero, tener detalles de cariño, incluso tiernos con la muchacha.

Pero...

Lorris decidió olvidarlo.

Al fin y al cabo, antes que nada estaba su misión... y Valnor el Vengador.

Al día siguiente, Elga se mostró más alegre y animada, como si lo de la noche anterior no hubiera sucedido. Y Lorris decidió no insistir en ello.

Al tercer día estalló una tormenta de nieve. Trataron de continuar, pero fue completamente imposible, así que tuvieron que refugiarse al abrigo de un enorme peñasco.

-¿Cuánto crees que nos retrasará esto? -le preguntó Lorris a Aron.

-No lo sé -fue la respuesta-. Depende de la duración de la ventisca. Pero si continuamos ahora podemos perder el rumbo.

Lorris asintió. Elga y Ona no dijeron nada.

La tormenta no parecía amainar. Pasaron una, dos, tres horas más. No hablaban, porque ninguno de los cuatro tenía nada que decir.

Capítulo X: "Margai"

Al cabo de cuatro horas, Lorris se puso en pie de un salto.

-No podemos seguir así -dijo-. Moriremos congelados. Yo voto por que continuemos la marcha.

Aron alzó la cabeza y lo miró detenidamente.

-Perderemos el rumbo -dijo al fin.

-Viajamos hacia el nordeste, ¿no? -replicó Lorris, impertérrito-. Arsis debe de quedar allí... -señaló un punto en el firmamento-, luego tenemos que ir hacia allá...

-¿Cómo puedes estar tan seguro de dónde está el sol? -quiso saber Aron, desconfiado.

-¡Él lo sabe!

Ona alzó el vuelo, brillando suavemente hasta quedar suspendida delante del anciano.

-Él lo sabe -repitió.

-Creo que ya hemos descansado -concluyó Lorris-, así que no hay problema, ¿no?

Miró a Elga y Ona inquisitivamente.

-No, no hay problema -confirmó la humana, y se levantó.

Aron se incorporó también con un suspiro de resignación.

Y prosiguieron la marcha.

Esta vez fue Lorris el guía. Tenían la ventisca en contra pero, pese a todo, continuaron.

A media tarde Lorris creyó distinguir una luz a lo lejos, y se detuvo.

-¿Qué pasa? -chilló Elga, que se había tropezado con él.

Lorris llamó a Aron y le indicó lo que acababa de descubrir.

-No es el Palacio de Cristal -jadeó el humano-. Ni tampoco una construcción darai. No hay nada habitado hasta el Palacio, y todavía nos quedan varios días.

-Podría ser una avanzadilla de las fuerzas de Valnor -aventuró Elga.

-Podría ser -concedió Lorris-. De todas formas, voy a ir allá.

-No es prudente -protestó Aron.

Lorris se encaró con él.

-Quien no se arriesga, no consigue nada -le recordó-. Y yo quiero saber qué hay allí.

Aron no replicó. Elga cogió a Lorris del brazo.

-Yo estoy contigo -le dijo-. Voy contigo.

Lorris no respondió. Se puso en marcha, y todos lo siguieron.

Según fueron acercándose, el resplandor se hizo más claro y nítido. Era algo así como una campana de luz que ocultaba algo dentro.

-Es una hoguera -observó Elga, deteniéndose sorprendida-. ¡Una hoguera en mitad del páramo nevado y una tormenta de nieve!

-¿Qué hay junto a la hoguera? -preguntó Lorris, achicando sus ojos almendrados para ver mejor.

Elga siguió caminando, animada por su descubrimiento. Lorris creyó distinguir junto al fuego una pequeña figura sentada.

Al aproximarse más advirtió que se trataba de una persona, tal vez un niño o alguien muy pequeño, un enano o un duende. Alrededor de la figura y la hoguera había una especie de campana luminosa de protección que parecía resguardarla del frío, el viento y la nieve.

Se detuvieron a varios metros, temerosos. Entonces la figura se levantó y se volvió hacia ellos, quitándose el manto que la cubría.

-No os quedéis ahí parados -dijo-. Hace frío. Venid a

guareceros de la tormenta.

Era un niño. Un niño darai.

Aron era el más sorprendido de todos.

-Tú...-fue lo único que pudo decir.

-Entrad dentro del escudo -insistió el niño-. Estaréis calientes.

Lorris se llevó la mano a la espada en un movimiento instintivo cuando el darai avanzó unos pasos, sin salir de su refugio.

Pero Elga se adelantó.

-Espera, Elga -ordenó Lorris-. Quédate ahí.

La humana no le prestó atención, y siguió avanzando.

-¡Elga...!

Lorris quiso detenerla, pero la muchacha ya había cruzado la barrera. El niño sonrió, contento.

-¡Vamos, Lorris! -lo animó Elga-. No pasa nada.

Se volvió hacia el niño darai.

-¿Cómo has hecho esto? -le preguntó.

Él se encogió de hombros.

-¡Magia! -rió.

-¿Cómo te llamas? -siguió preguntando Elga.

-Margai -respondió el niño.

Elga alzó la cabeza con sorpresa.

-¡Margai! -repitió-. Entonces...

Se volvió bruscamente hacia el elfo.

-¡Eh, Lorris! ¡Entrad! ¡Este niño es Margai, el elegido de Uk! Lorris y Aron cruzaron una mirada sorprendida.

-¿Margai? -dijo Aron.

-¿Podría ser... un engaño de Valnor? -titubeó Lorris.

-Podría ser. Pero no lo creo. ¿Tú sientes su poder oscuro procedente de ese nido?

-No -concedió Lorris-. Más bien es un poder benéfico.

Sin pensarlo más, entró en dos zancadas dentro del escudo protector. Aron y Ona le siguieron.

-Ya era hora -los regañó Margai-. Vosotros debéis de ser los que van a enfrentarse con Valnor el Vengador, ¿no es así?

-Sí -respondió Lorris, sentándose desenvueltamente junto al fuego-. ¿Y tú qué haces aquí?

-A Uk llegaron las noticias de la destrucción de Inen -respondió el niño-. Y supe que os habíais ido. Así que salí a vuestro encuentro.

-¿Tú solo? -preguntó Elga, incrédula.

-No necesito de nadie más -respondió Margai.

Lorris lo miró fijamente.

-Tú has descubierto la magia -observó-. Y, sin embargo, conozco a un elegido que tiene el triple de años que tú y...

-... y su magia aún no se ha manifestado -concluyó Margai-. No es extraño. Cada uno es como es. Cada magia tiene su momento. Eso depende de la persona.

-Sabes mucho para tu edad -dijo Aron.

El niño no respondió. Se quedaron todos en silencio, alrededor del fuego.

-¿Has venido para mostrarme el camino de la magia? -dijo por fin Lorris.

-No exactamente. El camino de la magia tienes que encontrarlo tú. Yo sólo te ayudaré un poco.

Lorris ladeó la cabeza.

-Peor es nada -comentó.

-¿No puedes hacer que se detenga la tormenta? -preguntó Elga.

-Sólo soy un niño -protestó Margai-. No puedo enfrentarme a las fuerzas de la naturaleza.

Elga no dijo más. Aron murmuró:

-Ya es de noche, supongo. Mejor será que durmáis. Yo

haré la primera guardia.

-Venga, abuelito, que te caes de sueño -se burló Margai-. No necesitamos vigilancia.

Lorris, Elga y Aron cruzaron una mirada que parecía decir: "Al fin y al cabo, es sólo un niño".

-Soy sólo un niño -dijo Margai-. Ya lo sabía. Pero eso no significa que sepa menos que vosotros.

Aron le dirigió una mirada sorprendida.

-¿Puedes leer el pensamiento?

-Por supuesto. ¿Qué clase de magia pensabas que era la mía?

Siguió un silencio algo embarazoso. Finalmente Lorris zanjó:

-Dormid todos. Yo haré la primera guardia y...

"Y veremos quién hace las demás", se dijo al ver cómo Aron, Elga y Ona caían al suelo, agotados.

Margai siguió sentado, impasible, contemplando las llamas. Lorris no le dijo nada.

Al día siguiente se despertó temprano.

La ventisca había finalizado. El fuego se había apagado... y él se había quedado dormido. A su alrededor seguía estando la campana protectora.

-¡Un, dos, tres...!

La cúpula se esfumó en el aire. Margai lo miraba sonriente.

-Ya no la necesitamos -explicó-. Yo os guiaré hasta el Palacio de Cristal.

Lorris quiso protestar, rebelarse contra la idea de que un crío de seis años decidiera el camino. Sabía que las cosas estaban mal, pero aquello era demasiado radical.

Sin embargo, suspiró y no dijo nada. Si aquel niño podía formar un escudo protector a su alrededor, ¿qué más cosas

increíbles podría hacer? Prefería no pensarlo.

Despertó a sus compañeros y se pusieron en marcha.

Elga se le acercó en silencio un rato después.

-Oye, Lorris -le dijo en voz baja.

Echó una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que Margai seguía conversando animadamente con Aron y prosiguió:

-Es un mocoso muy extraño. No sé si los dioses han hecho bien otorgándole tanto poder a edad tan temprana. Intimida con la mirada.

-Todos los darai intimidan con la mirada, Elga -dijo Lorris incómodo.

-Pero éste lo hace de forma diferente. Casi da miedo. Es muy poderoso, Lorris.

El elfo no dijo nada. En el fondo pensaba igual que ella. Los niños son caprichosos, no tienen conocimiento... ¿y si se le iba de las manos?

-Dejemos eso, Elga -dijo por fin-. Los dioses saben lo que hacen.

-Supongo que sí -suspiró ella-. Pero no sé si fiarme de él.

Lorris no dijo más.

Siguieron hacia el nordeste durante dos días más. Pese a que no fueron sorprendidos por ninguna otra tormenta ni se tropezaron con ninguna avanzadilla de Valnor, Margai los cubría todas las noches con su extraña cúpula protectora.

-Sólo pueden atravesarla los que tienen buenas intenciones -decía el niño.

Los demás no estaban muy seguros de ello. Pero al menos los protegía del frío y de la nieve. Ya era algo.

-Margai -le dijo un día Lorris-. ¿Qué piensas tú de Valnor? Margai guardó silencio un momento. Luego dijo:

-Es muy poderoso. Podría haber sido elegido para la

magia o podría no haberlo sido. En cualquier caso, sólo la magia de los elfos podría contra un ser de esas condiciones.

-¿Y los elfos elegidos?

Ante esa pregunta, Margai echó a reír alegremente.

-Los dioses no son estúpidos -dijo-. Un elfo elegido podría desafiarlos incluso a ellos. Un elfo elegido... podría dominar el mundo.

Una mañana, al despertar Lorris y mirar al horizonte, se quedó sin aliento. Allí, a lo lejos, entre picos de nieve, bañado por la suave luz de la aurora, brillando magníficamente, estaba el Palacio de Cristal.

Capítulo XI: "Incurción en el Palacio de Cristal"

Lorris despertó a sus compañeros inmediatamente. Se quedaron anonadados.

-Vaya -pudo decir Elga-. ¿Ese es el Palacio de Cristal?

Aron asintió.

-La morada de Amaranda -dijo.

-La morada de la Dama de la Lechuza -añadió Lorris-. El final del viaje.

-El final del camino -dijo Margai.

Lorris se sintió incómodo. Era justamente lo que estaba pensando. ¿Por qué aquel condenado crío no podía dejar de meterse donde no le importaba?

-De modo que aquí nos llevaba Argétea -dijo Ona.

-Argétea -repitió Elga-. ¿Qué habrá sido de ella?

-De todas formas -dijo Lorris-, ahora el Palacio de Cristal está en manos de Valnor el Vengador.

-Parece tan frágil...-observó Elga-. No me extraña que quisiera construirse una fortaleza de arkal en el Reino de los Enanos.

Nadie dijo nada durante unos minutos. Los cinco compañeros cruzaron una mirada llena de incertidumbre.

-Bueno -dijo Lorris-. Y ahora, ¿qué?

-¿Qué? -repitió Elga, como si acabase de despertar de un sueño-. ¿Qué quieres decir?

Lorris señaló el Palacio.

-Me imagino que eso estará custodiado, ¿no? -dijo-. Por darai oscuros, seguramente.

Nadie respondió. Lorris echó un vistazo a su "tropa" y sintió que se le caía el alma a los pies. "Un anciano, una muchacha, un niño y una fugaz", pensó.

"¿Cómo vamos a desafiar a Valnor así? Necesitaremos

guerreros y..."

-Te olvidas de la magia -observó Margai-. Te olvidas de mi magia, y de tu magia.

Lorris le lanzó una mirada asesina.

Aron exhaló un profundo suspiro y se acercó al elfo silenciosamente. Lorris se sintió reconfortado, de alguna manera.

-Necesitaríamos un ejército -dijo.

-No, eso es justamente lo que no necesitamos -dijo Elga-. Tal vez haríamos más daño a Valnor penetrando en el Palacio sin ser advertidos.

-Eso es imposible -dijo Aron-. Valnor puede percibir la magia. En cuanto entremos en su palacio, sabrá que hemos entrado.

-Pero para entonces... ya estaremos dentro -hizo notar Margai. -Creo recordar que hay una pequeña puerta trasera en el Palacio -dijo el monje del Oráculo-. O, al menos, la había la última vez que estuve aquí para presentar mis respetos a Amaranda, antes de la llegada del Vengador.

-Podemos ver si está muy vigilada y tratar de entrar por ahí -dijo Lorris.

-Yo puedo dar una vuelta al Palacio de Cristal, volando -se ofreció Ona.

De momento era lo único que podían hacer, de modo que aceptaron. Recogieron las cosas y se acercaron más al Palacio de Cristal, pero siempre manteniéndose a una prudente distancia. Aron y Ona se aproximaron algo más, y por fin Ona emprendió el vuelo de reconocimiento.

-Valnor debe de saber ya que estoy cerca -musitó Lorris.

-Si es un gran hechicero, sin duda -asintió Margai.

No parecía asustado en absoluto. Es más, parecía incluso que le divertía la misión.

Pronto Aron y Ona regresaron de su expedición.

-Hay una puerta trasera -jadeó la fugaz-, custodiada sólo por dos guardias.

-¿Darai? -inquirió Lorris.

-Parecen más bien humanos -señaló Ona.

-Dos guardias -comentó Elga.

-Podría con ellos -aseguró Lorris-. Bastarían un par de flechas.

-¿Por qué dejar ese flanco desprotegido? -murmuró Aron.

-Nadie entra en el Palacio de Cristal sin que el Vengador lo sepa -anunció Margai lúgubrementemente-. Dicen que se puede entrar, pero no se puede salir. Lorris asintió.

-No tenemos más remedio -dijo-. Nos arriesgaremos. ¿Pero qué podemos hacer contra la magia de los darai oscuros, que matan sólo con la mirada?

-No mirarles a los ojos -dijo Margai-. Es la única forma. Ellos controlan mediante ondas mentales. Y las ondas mentales las emiten a través de los ojos.

Lorris suspiró con resignación. No tenían más remedio que creer a Margai.

Se pusieron en marcha hacia el Palacio de Cristal, caminando por las montañas nevadas para ocultarse de la vista de los servidores de Valnor el Vengador. En Inen se habían provisto de túnicas encapuchadas blancas, que usaban los darai para camuflarse entre las nieves de su gélido Reino. Sin embargo, todos los servidores del Vengador vestían de negro.

Bordearon el Palacio de Cristal hasta que, ocultos en un bosquecillo de coníferas, pudieron tener a la vista la puerta trasera.

-En efecto, son humanos -observó Elga sorprendida-. ¿Por qué humanos?

-Por lo que he podido observar -dijo Lorris-, todos sus

guardianes son humanos. Sin embargo, se ve que utiliza a los darai oscuros para otras tareas... como, por ejemplo, hostigar a los otros darai o buscar elfos por todo Ilesan.

-Comprendo -asintió Elga.

Lorris preparó su arco.

-Has de ser muy rápido -indicó Margai-. De lo contrario, uno de los dos escapará y dará la alarma.

Lorris no dijo nada. Apuntó al humano, se concentró y disparó.

La flecha hendió el aire con un suave silbido... y se clavó en el corazón del guardián, que cayó al suelo con un gemido. Rápidamente, antes de que el otro pudiera reaccionar, Lorris disparó una segunda flecha que dio en el blanco también.

En silencio, los cinco se acercaron.

-¿Cómo has podido atravesar la armadura? -murmuró Elga cogiendo a Lorris del brazo.

El elfo tardó en contestar. Se hallaba ocupado despojando a los guardias de sus armaduras negras.

-Las flechas -dijo al fin-. Regalo de Kerin, señora. Sus puntas son de arkal.

-Debí suponerlo.

Lorris había terminado de desvestir a los guardias. Tendió a Aron una de las armaduras y se puso él mismo la otra.

-Nos dividiremos -decidió-. Margai y yo, puesto que poseemos magia, iremos en busca de Valnor. Vosotros tres, ya que no la poseéis y corréis menos peligro de no ser descubiertos si Ona no utiliza la suya, buscad a Izan. Debe de estar en los calabozos, y los calabozos deben de estar en un sótano o algo parecido.

-Cuesta trabajo creer que un sitio así tenga calabozos -musitó Ona.

-Por fuera parece lo que siempre fue -dijo Aron mientras

luchaba por ponerse el negro casco-. Pero aseguraría que por dentro debe de ser...logró ponerse el casco, y su voz sonó extrañamente metálica e inhumana cuando dijo-: lo más parecido al infierno... donde habita Valnor el Vengador.

Lorris no dijo nada. Ona tampoco.

-Es la hora -dijo Elga en voz baja.

Todos respiraron hondo y asintieron.

Y entraron en el Palacio de Cristal.

Por dentro, lo que antes fuera el palacio de Amaranda era ahora un laberinto de espaciosos túneles. No podía negársele el buen gusto a Valnor el Vengador, se dijo Lorris, y, aunque el lugar rezumaba odio y maldad, se preguntó dónde había visto él antes algo parecido.

Pronto vieron unas escaleras que iban hacia abajo.

Elga se detuvo.

-Creo que deberíamos separarnos aquí -dijo-. Es posible que esto conduzca a las mazmorras de Valnor.

Lorris asintió, aunque apenas le había prestado atención.

-Tú también lo sientes, ¿verdad? -le dijo en voz baja Margai-. Valnor sabe que estamos aquí.

-Sí, lo sabe -murmuró el elfo-. Y ambos sabemos que él lo sabe. Se giró para ver a sus compañeros Aron, Elga y Ona, tal vez -prefirió no pensarlo más- por última vez.

Un estremecimiento le recorrió por dentro al mirar a Elga.

-Tened cuidado -dijo con voz ronca, y se volvió bruscamente y se alejó por el pasillo, seguido de Margai.

No volvió la vista atrás. No podía, no debía. No ahora.

El niño darai lo alcanzó enseguida. Lorris lo aferró fuertemente de la mano, y Margai no dijo nada. El elfo dedujo que ya habría leído en su mente cuál era su plan... si es que había podido, dado el caótico mar de pensamientos que albergaba la cabeza de Lorris en aquellos instantes.

Capítulo XII: "Descenso al infierno"

Se tropezaron en mitad del pasillo con un par de centinelas humanos. Uno de ellos bajó la vista para observar detenidamente al niño darai.

-¿Y "eso"? -preguntó con voz acerada-. ¿Es uno de los intrusos?

-Efectivamente -respondió Lorris procurando adoptar un tono de voz marcial-. No sé dónde deben de estar sus compañeros, pero sospecho que han subido a una de las torres... de todas formas, imagino que nuestro señor querrá hablar con él.

-No es más que un mocoso darai.

-Un mocoso darai muy peligroso -apostilló Lorris-. Nuestro amo tenía interés en él. Se rumorea que es un darai elegido por los dioses para poseer magia.

El humano dejó de reír, y cruzó una mirada significativa con el otro.

-Está bien, adelante -dijo-. Y no permitas que escape.

Lorris inclinó la cabeza y prosiguió su camino, con el corazón latiéndole con violencia.

"¿Dónde diablos puede estar ese Valnor?", se preguntó, aún temblando como un flan.

"En el salón del trono", le pareció que le contestaba la voz de Margai.

Sacudió la cabeza. El caso es que no la había "oído", pero aquella voz había resonado de alguna manera en su mente. Bajó la vista hasta el niño darai, con sorpresa. Éste sonrió.

"Telepatía", oyó de nuevo Lorris en su mente. "Es lo más seguro:

Lorris respiró profundamente. Aquel renacuajo con cabeza de huevo nunca dejaría de sorprenderle.

"-Y cómo llegamos al salón del trono?", pensó.

"Guíate por la magia de Valnor", fue la respuesta. "¿No puedes sentir su energía negativa? Sencillamente, sigue el rastro".

Lorris no se molestó en responder. Tenía la molesta sensación de que había un peligro en ciernes.

"¡Por ahí no!", chilló la voz de Margai en su mente.

Dio media vuelta con brusquedad, pero ya era demasiado tarde. De nada le sirvió la armadura negra que le había camuflado de los guardias humanos. Tras él sintió ya la presencia de los darai oscuros, y la conocida voz sibilante le heló la sangre:

"Elfo..."

* * *

Elga, Aron y Ona descendieron lentamente. Era una escalera de caracol que daba vueltas y más vueltas en la oscuridad.

Ona brillaba tenuemente (no se atrevía a más por miedo a que su magia fuera detectada), iluminándoles el camino.

Apenas podían respirar. Según fueron bajando, el ambiente fue caldeándose cada vez más, y la luz que se veía más abajo fue aumentando, hasta que Ona apagó su brillo porque ya no era necesaria.

-Qué diablos habrá allá abajo -susurró Elga, jadeante.

-El infierno -respondió Aron en el mismo tono.

Siguieron bajando. El calor era cada vez mayor, y Elga pensó que realmente parecían estar descendiendo hasta el infierno.

La escalera desembocaba en un largo túnel subterráneo. Nada más pisarlo, los tres intrusos oyeron un prolongado aullido de dolor.

Elga y Ona se estremecieron.

-El infierno -susurró Aron para sí mismo.

Avanzaron con cautela por el corredor. A ambos lados había celdas, de las que a veces salían ayes lastimosos. En cierta ocasión, un humano mugriento de larga barba se abalanzó sobre la reja de su calabozo con un estruendo de cadenas. Quiso decirles algo, pero no pudo. Elga se apartó con presteza de la sucia mano que trataba de apresar con presteza su túnica blanca.

Siguieron adelante.

Al final del pasillo vieron la procedencia de la luz: venía de una gran sala que se abría al fondo.

Elga, Aron y Ona cruzaron una mirada.

-Deberíamos...-empezó Aron, pero una voz le interrumpió:

-¡Te he dicho mil veces que no sé nada, pedazo de cerdo seboso! ¡Puedes decirle a ese gusano inmundo que tienes por amo que se meta ese látigo donde le quepaay...!

La protesta finalizó con el restallido de un látigo y un grito de dolor. Elga miró a Aron con los ojos muy abiertos.

-¡Es Izan! -susurró-. Reconocería esa voz en cualquier parte.

El látigo seguía sonando, y la voz de Izan seguía quejándose.

-Le están torturando -musitó Aron.

Elga aferró la mano del anciano, angustiada.

-Tenemos que hacer algo -dijo Ona en voz baja.

Aron y Elga asintieron. Se acercaron más a la puerta, con precaución, pero una voz ronca los detuvo:

-Por última vez, enano: ¿dónde se esconde ese elfo?

-Por última vez, barrigón: no tengo ni la más remota idea. Tal vez esté escondido en el bolsillo de Valnor, ¿eh?

Nuevo restallido del látigo, más brutal todavía. Elga cerró los ojos. Llegaron hasta la puerta de la sala de donde procedían las voces, y se asomaron con cautela.

Dentro, en el centro de la estancia, ardía un fuego abrasador. Por allí cerca estaba Izan, atado por las muñecas y los tobillos a dos columnas, con el torso desnudo. Junto a él, un fornido humano empuñaba un látigo.

Aron dio una mirada circular a la estancia. Aquello era, cómo no, una sala de tortura.

Elga, sin embargo, sólo tenía ojos para Izan.

El cuerpo del muchacho, cubierto de sudor, sangraba. Los cabellos, antes rebeldes, le caían ahora lacios y sin vida sobre los ojos, ahora cerrados. La boca, entreabierta, emitía débiles quejidos con cada golpe. La cabeza le caía hacia delante, como si no tuviera fuerzas para levantarla.

Elga no pudo soportarlo más. Cogió del brazo a Aron.

-Haz algo -dijo, parpadeando para que no se le saltaran las lágrimas-. Por favor, haz algo.

Aron se bajó la visera del casco y, tras un breve titubeo, entró con paso firme en la sala. A pesar de su avanzada edad, estaba en buena forma, y al verdugo no se le ocurrió pensar que aquel hombre no fuera de los suyos.

-¿Y bien? -le preguntó ceñudo a Aron, látigo en mano.

El anciano miró a Izan. El muchacho, que había abierto los ojos al oírle entrar, presentaba en ellos, además del cansancio y el dudar, un destello de desafío, visible entre los mechones de cabello mojados por el sudor.

Aran sintió lástima por aquel joven a quien él mismo había salvado de la muerte con anterioridad, al acogerlo en el Oráculo.

-Valnor exige ver al muchacho -dijo el monje con voz firme-. He de llevarlo ante él.

El otro lo miró con desconfianza.

-¿Y eso por qué? -preguntó.

Aran se encogió de hombros.

-En vista de que tú no consigues sacarle la información que nuestro señor desea -dijo desapasionadamente-, ha decidido interrogarle él... personalmente.

-¿Y sólo un soldado para custodiarlo?

-Dudo que pueda escapar. Está ya medio muerto. Tú ocúpate de maniatarlo bien, y yo me ocuparé del resto.

El humano seguía desconfiando, pero finalmente inclinó la cabeza y exhaló un profundo suspiro.

-Está bien, puedes llevártelo -dijo-. Pero si escapa, tú cargarás con las consecuencias.

Aron asintió. El otro desató a Izan, que parecía apagado, y trató de atarle las manos a la espalda.

Pero súbitamente el muchacho pareció cobrar vida y se revolvió con tanta furia que parecía estar completamente bien.

-¡Soldado ayúdame! -jadeó el verdugo, y Aron se acercó rápidamente. Entre los dos lograron sujetar a Izan a duras penas.

-¡Cerdos...! -gruñó el muchacho.

-Es peligroso -observó Aron.

-Y "está medio muerto" -ironizó el verdugo.

Aron no dijo nada. Tras asegurarse de que estaba bien sujeto, hizo ademán de llevárselo.

-¡Eh, espera! -protestó el otro-. ¿Vas a llevártelo tú solo? Ya has visto que es escurridizo como una anguila.

Aron jugueteó con el látigo que se le había caído al verdugo. Se acercó para devolvérselo, pero, en lugar de eso, con la rapidez del rayo, lo golpeó en la cabeza con el mango.

El humano cayó al suelo como un saco de patatas.

Aron dejó caer el látigo, aturdido. Elga y Ona se precipitaron en la habitación. Los ojos de Izan se abrieron desmesuradamente cuando Aron se quitó el casco.

-¡Izan! -exclamó Elga.

Comenzó a desatarlo, mientras el anciano se lamentaba:

-Oh, ¿qué he hecho? ¡Le he matado!

-No le has matado, abuelo -replicó Izan con dificultad-. Sólo dormiré un par de horas. La verdad... nunca creí que tuvieras tanta energía para tu edad.

Cruzó una mirada con Elga, que se había separado un poco de él. Quiso decir algo, pero no pudo. Avanzó unos pasos, pero sus piernas se doblaron y cayó al suelo.

Elga, con una exclamación, corrió junto a él.

-Aron -llamó.

El anciano se acercó.

Izan no parecía capaz de dar un paso más. Elga se sacó el medallón de Frela Darildia.

-Dijiste que era un talismán de curación, ¿no? -le preguntó a Aron.

-En realidad, parece tanto de protección como de curación -respondió éste.

-¿Se necesita tener magia para usarlo? -siguió indagando Elga.

-No.

-¿Cómo se utiliza?

-No lo sé.

Elga suspiró con resignación. Se quitó el talismán y, titubeando, lo apoyó en el pecho de Izan.

-Por favor -pidió.

-Invoca a Sithgel -sugirió Ona con suavidad-. Es la diosa de los fugaces. Supongo que ella le otorgó el talismán a nuestra Reina.

-Por favor, Sithgel -dijo Elga-. Te lo ruego. Cúrale.

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y no vio el tenue brillo que desprendía el medallón.

-Te lo ruego, Sithgel -repitió ella-. Cúrale.

Entre las lágrimas pudo ver, sorprendida, como una especie de brillo dorado surgía del talismán, y recorría todo el cuerpo de-Izan, curando todas sus heridas, cerrándolas como si no hubieran existido.

-¡Es... increíble! -pudo decir Aron.

Elga no fue capaz de decir nada.

Cuando Izan se incorporó, mirando maravillado sus brazos y su cuerpo curados, cruzó una mirada con ella.

No dijo nada, pero sus ojos hablaron por él.

-Hemos de salir de aquí -dijo entonces Ona, apremiante.

Aron se levantó con presteza y se enfundó el casco de nuevo. Elga volvió a colgarse el medallón del cuello, oprimiéndolo con fuerza en su mano derecha. Izan se puso en pie de un salto; había recuperado todas las fuerzas.

Salieron al pasillo. Elga detuvo a Aron cogiéndole del brazo.

-Esperad -dijo-. Me gustaría ver si mi padre está aquí.

Aron iba a decir que no tenían tiempo, pero Izan se le adelantó:

-Por supuesto, Elga. No tardaremos nada.

Pero cuando doblaron una esquina encontraron una tropa de humanos con armaduras negras esperándoles.

-Alto -se oyó una voz acerada.

Izan, Elga, Ona y Aran cruzaron una mirada.

Estaban atrapados.

-No deberías haber utilizado ese talismán -murmuró Izan-. Valnor percibe la magia. Nos han atrapado.

* * *

Lorris y Margai habían sido apresados. Después de una escaramuza en el corredor-, y a pesar de que habían tratado de

no mirarles a los ojos, los darai oscuros habían salido vencedores -eran superiores en número-, y ahora los intrusos avanzaban maniatados por los pasillos del Palacio de Cristal. No les habían dicho a dónde les llevaban, pero Lorris ya se lo figuraba: a la presencia de Valnor el Vengador.

Margai caminaba en silencio. No parecía asustado. En realidad, no había parecido asustado ni una sola vez desde que lo conocían. Lorris se preguntó por qué diablos tenía el chiquillo tanta tranquilidad, sabiendo que estaba amenazado de muerte. "Es un niño", lo disculpó Lorris sacudiendo la cabeza.

Sin embargo, en contra de lo que pensara el elfo, Margai era perfectamente consciente del peligro que corrían.

Sólo que sabía que pronto tendrían una oportunidad frente a Valnor... y tenía la razonada -totalmente irracional, eso sí- de que Lorris la aprovecharía.

Capítulo XIII: "La batalla final"

Cuando Lorris y Margai, conducidos por los darai oscuros, llegaron al salón del trono, se encontraron con la desagradable sorpresa de que Izan, Elga, Aron y Ona habían sido apresados también, y, como ellos, ahora comparecían ante Valnor el Vengador.

El elfo se concentró en la figura que se sentaba en el trono.

No sabría decir a qué raza pertenecía. Llevaba una larga túnica, como los darai oscuros, con una capucha que le cubría todo el rostro. Sólo eran visibles las manos, que apoyaba en los brazos del trono, unas manos blancas y finas, de dedos largos. "No parece un guerrero como Ordulkar", se dijo Lorris. "Parece más bien..."

"Un poderoso hechicero", lo ayudó Margai telepáticamente. "Muy poderoso". Lorris echó un rápido vistazo al niño darai y vio por primera vez miedo en su expresión.

El elfo había sido testigo del poder de Margai. ¿Hasta dónde podía llegar la magia de aquel hechicero tan poderoso?

Sacudió la cabeza y se adelantó un paso. Los darai oscuros no hicieron el menor movimiento. Y entonces Valnor habló:

-Tú eres Lorris DeLendam -dijo.

Su voz resonó por todo el salón. Hablaba en Común, pero con un extraño acento.

-Así es -afirmó Lorris con aplomo.

-El elfo -añadió Valnor.

-Así es -repitió Lorris-. Y tú eres Valnor el Vengador, señor de los darai negros.

-Así es -se limitó a contestar Valnor-. Llevo buscándote mucho tiempo.

-Lo sé. Aunque aún no comprendo por qué.

-Es sencillo. Para matarte.

-Entonces, hazlo ya.

-No sin antes tener una pequeña charla contigo.

La voz de Valnor resonaba peligrosamente, y Lorris se estremeció interiormente.

-Soy un hechicero de mucho. poder -prosiguió el nigromante-. Iba extendiendo mi mano por todo Ilesan, mediante mis darai oscuros y los guerreros que reclutaba. Pretendía construir una fortaleza en el Reino de los Enanos, en la ciudad de Ard. Había esclavizado a los enanos gracias a Ordulkar, un humano a quien los dioses le otorgaron el poder de la magia, y que se unió a mí, un guerrero bastante bueno, si me permites la observación.

>>Sólo alguien con poder suficiente podía arrebatarme todo eso. Sólo un elfo.

>>Sabía que Amaranda había enviado un mensaje al Bosque, pero dudaba que alguien acudiera en su auxilio. Sin embargo, tomé precauciones.

>>A pesar de ello, tú y tus amigos habéis sobrepasado todas mis barreras. Habéis derrotado a Ordulkar, esquivado a mis darai negros en Liadar -con la inestimable ayuda de Ahrgan, el Dragón Negro, por supuesto-, habéis escapado de los duendes (cuyo estúpido Rey, por cierto, es amigo mío), habéis sobrevivido al gélido clima del Reino de los Darai, habéis escapado a la destrucción de Inen...

>>¿Comprendes, querido Lorris DeLendam, que esto no puede seguir así?

Lorris estaba tenso, preparado para cualquier cosa, preguntándose a dónde quería llegar Valnor.

-En pago a todo el daño que me has hecho, a mí y a mi obra -continuó Valnor-, exijo tu vida, la tuya y la de tus amigos... y algo más.

El Vengador se levantó del trono y descendió unos

cuantos escalones.

-Sé -dijo-, que cuando saliste del Reino de los Fugaces, no te fuiste con las manos vacías. Sé que Frela Darildia, ese hada entrometida, os dio un talismán mágico, una especie de cristal ovalado...

Valnor extendió la mano.

-Dámelo -exigió.

Lorris se contuvo para no mirar a Elga, que se había escondido tras Izan.

-No lo tengo -dijo con voz firme-. Lo perdí.

-¡Mientes! -exclamó el nigromante-. ¡Está aquí, en el Palacio! Yo mismo he sentido su poder hace unos momentos. Alguien lo ha utilizado.

-Repito que yo no lo tengo -insistió Lorris.

Valnor bajó la mano y volvió la vista hacia donde estaban Izan Elga, Ona y Aron.

-Saliste solo del Bosque -dijo-, y has ido haciéndote amigos por donde has pasado. Eres un héroe, Lorris.

>>Lástima que tus compatriotas no lo crean así, ¿verdad?

La mente de Lorris viajó vertiginosamente al pasado, y en un segundo desfilaron por su memoria imágenes del Bosque, de Ysperel, de los elfos, de los últimos días en su hogar.

Y el mandato de Amaranda la Hechicera, la Dama de la Lechuga: "Salva al Bosque".

-¿Amaranda está aquí? -preguntó súbitamente.

Valnor se volvió de nuevo hacia él y lo observó detenidamente. Luego dijo muy despacio:

-Sí, está aquí. Atrapada en otra dimensión. Dime, ¿qué fue lo que te dijo?

Lorris sostuvo su mirada sin pestañear, pese a que donde aquel ser debía de tener el rostro el elfo sólo podía ver negrura sin fondo.

-Me dijo que salvara al Bosque -respondió.

Valnor pareció sorprendido.

-¿Nada más? -preguntó.

-Nada más.

-¿No te dijo por qué me llaman "el Vengador"? ¿No te dijo quién era yo? El tono de voz de Valnor había bajado peligrosamente. Se acercó más a Lorris.

-¿Y no quieres saberlo? -siseó.

Lorris no respondió. Se mantuvo firme.

-Bueno -suspiró el nigromante-. Es una lástima.

-Eres... -dijo de pronto una voz.

Valnor se giró. Era Izan el que había hablado.

-¿Soy quién?

Pero el humano no dijo más.

-¿Qué tienes en contra del Bosque, Valnor? -preguntó Lorris-. ¿Qué te hemos hecho los elfos?

Y entonces Valnor el Vengador se echó a reír. Y era una risa plateada y cantarina, que, sin embargo, helaba la sangre, porque estaba llena de odio.

-¡Los elfos! -dijo lleno de desprecio y rencor-. ¿Sabes tú, Lorris DeLendam, lo que me han hecho los elfos?

Se acercó más a él.

-Lo mismo que a ti -dijo en voz baja.

Y entonces Lorris supo la verdad, supo quién era Valnor el Vengador sólo un momento antes de que el nigromante se quitara la capucha y dejara al descubierto los delicados rasgos de un elfo.

-Eres un elfo -concluyó Izan.

-¡Un elfo! -exclamó Elga sorprendida-. ¿Cómo...?

-Valnis DeVian -dijo Lorris fríamente-. Recuerdo el proceso. Yo era un niño, pero mis padres me llevaron a ver el juicio porque lo más seguro era que te expulsaran del Bosque, y

una cosa así no sucedía todos los días.

Lorris hizo una pausa.

-Valnis DeVian prosiguió-, cometió el más horrendo crimen jamás cometido en el Bosque, mayor incluso que el de romper el Espejo Sagrado de Arsis: mató a un elfo, segó una vida elfa, hizo trizas el mandato de Arsis de no quitar nunca la vida a un elfo, porque la vida es lo más sagrado que tenemos.

-Sin embargo, tú has quitado la vida a varios hombres - observó Valnor.

-En defensa propia -apuntó Lorris-, o para evitar masacres como la de Inen o el Reino de los Enanos. Pero tú mataste a un elfo a sangre fría, y por un motivo injustificable: mataste a tu hermano mayor sólo para obtener tú la herencia de tu familia. Pero, aunque lo preparaste todo para que pareciera un accidente, hubo un testigo, creo recordar...

Lorris hizo una nueva pausa, y continuó:

-Fuiste desterrado. Te expulsaron del Bosque.

Valnor asintió con una mueca de desdén en los labios.

-Tu memoria no te falla -dijo-. Ni siquiera los Nocturnos me aceptaron entre ellos. Vine aquí a instruirme en la magia junto a Amaranda, y, cuando ya supe controlar todo mi poder...

Valnor calló. Aron se estremeció recordando la última vez que había visto a la sin par Amaranda, la Hechicera.

-Esperaba apoderarme de todo Ilesan para asestar el golpe definitivo al Bosque -concluyó.

-No eres más que yo -dijo Lorris-. Ya no te temo. Pero tú sí me temías a mí. A un elfo, poseedor de la Magia Superior, como tú.

Un movimiento en la fila de guardias atrajo la atención de todos. Elga, que había salido de detrás de Izan, se giró también.

Pero el guardia humano que había dejado caer su lanza la recogió de nuevo y volvió a su lugar. Valnor le dirigió una

mirada irritada.

Lorris pensó que había llegado la hora de la acción.

-De modo que quieres el talismán de Frela Darildia -dijo.

-Eso he dicho.

-Me temo que no tengo opción, ¿no?

-No.

Lorris, con movimientos cautelosos, rebuscó en su saquillo, al tiempo que echaba una rápida mirada al ventanal que se abría a un lado de la sala, por donde unos tímidos rayos de Arsis se atrevían a entrar habiendo atravesado por un resquicio las nubes plumizas.

Elga comprendió. Ona también. Izan y Aron supieron que el elfo iba a hacer algo, y Margai lo leyó en su mente.

Lorris extrajo por fin un pequeño trozo de espejo.

-Sospecho que no lo tengo -dijo-. ¿Te vale esto?

Movió el espejito hasta que éste captó de pleno la luz de Arsis.

-¡Ahora! -gritó Margai, y de pronto uno de sus escudos protectores cubrió a todos sus compañeros.

Izan se puso en acción. Golpeó en el estómago a uno de los guardias con el pie y le arrebató su espada. Lorris lanzó el espejito al aire y Ona lo recogió volando. Elga se quitó el talismán y trató de concentrar toda su energía en él.

Todo ello en cuestión de segundos. Los darai oscuros y los guardias humanos reaccionaron tarde, pero cuando lo hicieron se entabló una batalla encarnizada.

Sorprendentemente, uno de los guardias humanos parecía combatir en favor de los compañeros, contra los demás guardias.

Ona se encogió sobre sí misma y, protegida por el escudo, lanzó una de sus explosiones de luz, que se reflejó en el pedazo de Espejo Sagrado, y aumentó el triple su intensidad.

Aquello cegó momentáneamente a sus enemigos.

Izan y Lorris combatían codo con codo contra los guardias humanos. Procuraban no salirse del escudo protector de Margai, que los darai oscuros no podían traspasar con su Magia Media.

Mientras, Valnor el Vengador lo observaba todo desde su trono, en el que había vuelto a sentarse. No le preocupaba lo más mínimo. Sabía que no tenían ninguna oportunidad. El mocoso darai no aguantaría un escudo tan grande tanto tiempo, que además estaba siendo atacado por sus darai oscuros... y entonces los compañeros estarían perdidos.

Sus ojos se posaron por casualidad en Ona y Elga; la primera volaba con el trozo de espejo de Arsis hacia la ventana; la segunda sostenía en alto el talismán de Frela Darildia.

Demasiado tarde se dio cuenta de su error. Se levantó de un salto de su trono, pero ya era tarde: un potente rayo de luz de Arsis se reflejó en el espejo, y Ona lo dirigió hacia el talismán de Elga.

La humana, suplicando a Sithgel que le diera fuerzas, dirigió el rayo hacia Valnor el Vengador.

Fue un potente rayo de energía que atravesó el talismán y dio de lleno en la cabeza de Valnor.

Éste extendió inmediatamente las manos y formó un escudo de protección a su alrededor.

Lorris lo advirtió.

-¡Por Arsis, "eso" le hace daño! -gritó.

Tiró la espada al suelo. Izan protestó:

-¡Lorris, no me dejes aquí!

Pero Lorris no lo oía. Sentía una especie de fuego dentro de sí, el fuego de la ira, el recuerdo del miedo de los humanos, de las súplicas de Amaranda, de los enanos esclavizados, de los salvajes duendes, de Inen destruida. Por un momento se preguntó qué pasaría si su Bosque, su amado Bosque, fuera aniquilado por un loco asesino, y la ira se convirtió en rebeldía.

"Basta", pensó, al ver que el escudo de Valnor se extendía cada vez más, y amenazaba con llegar hasta Elga, que sostenía el talismán, desesperada. "Basta".

Por el rabillo del ojo vio que Izan había recibido una estocada en el brazo, que había sacado imprudentemente del escudo. Que Margai se había sentado en el suelo, con los ojos cerrados y las manos sujetándose la cabeza, tratando de mantener el escudo por más tiempo; que Ona ya no aguantaba tanto rato el peso del espejo, que era enorme para ella.

Súbitamente, sin saber lo que hacía, con los ojos llenos de lágrimas, con el recuerdo de Izan torturado, de Elga moribunda, de Ona capturada por los duendes, de Rak abatido por las flechas, sintió que un fuego le abrasaba por dentro, y vio que sus manos comenzaban a emitir un extraño resplandor, hormigueante.

Extendió entonces las manos hacia Valnor con un grito salvaje.

Un rayo de luz brotó de ellas y fue a chocar frontalmente contra el escudo de Valnor, que retrocedió un poco.

Izan se quedó con la boca abierta. De no haber sido por el escudo de Margai, que aún permanecía activo, habría recibido una estocada por parte de alguno de los guardias.

-¡La magia! -exclamó-. ¡Elfo, has encontrado la magia!

El escudo de Valnor seguía extendiéndose, pese a haber sido frenado momentáneamente por el ataque de Lorris.

-¡Izaaan!

Izan se volvió. Elga resistía con mucha dificultad. Era ella quien le había llamado.

El joven humano vio el sufrimiento en su rostro. Supo que no aguantaría mucho, y supo que debía ayudarla, o moriría.

O moriría.

Izan no podía soportar esa idea. Y, como en Lorris, la

magia, la magia que le había sido otorgada por los dioses como un privilegio especial, brotó espontáneamente de su interior, despertó de su largo letargo, e Izan tiró al suelo la espada al ver con sorpresa cómo de sus manos surgían dos potentes chorros de energía, que el humano dirigió hacia Valnor.

Pero el Vengador seguía siendo demasiado fuerte.

-¡Margai! -gritó Lorris.

El niño darai levantó la cabeza y abrió los ojos. Protegidos por el escudo, Izan, Lorris y el soldado rebelde habían acabado con muchos darai oscuros y con la práctica totalidad de los soldados humanos. Pero aún quedaban. ¿Podía retirar el escudo para sumarse al ataque?

Vio que los servidores de Valnor habían dejado de atacar y observaban la escena sorprendidos.

Y deshizo el escudo protector y concentró su poder telepático en el elfo Valnor el Vengador.

Las fuerzas se igualaron. Ni siquiera entre todos lograban destruir la defensa de Valnor.

Y entonces el nigromante dirigió una mano hacia Lorris, y, formando aún el escudo con la otra, envió un rayo de fuego al elfo de la Luz.

Lorris lo vio venir. Vio cómo de la mano de Valnor surgían potentes llamaradas dirigidas hacia él, pero no sabía cómo defenderse, y, por otro lado, la fuerza mágica lo mantenía atado al rayo de ataque que estaba lanzando.

Cerró los ojos y trató de enviar más fuerza para romper el escudo de Valnor, para que al menos sus compañeros pudieran tener una oportunidad.

Súbitamente sonó un estallido.

Lorris abrió los ojos, sorprendido.

Alguien había interceptado el hechizo de Valnor. Alguien se había sacrificado por Lorris, o por Ilesan, no habría sabido

decirlo.

Era Aren, el anciano monje del Oráculo.

Lorris vio, entre las lágrimas, el cuerpo del humano yacer humeante en el suelo. Valnor preparó un nuevo ataque, pero Lorris no se percató de ello. Sólo podía ver a Aron, y pensar en Aron, y que había muerto por él, que estaba muerto, muerto, muerto...

-¡¡Nooooo...!!

Su grito desgarrador resonó en todo el Palacio de Cristal.

Y pensó en Rak, que había muerto en el Reino de los Enanos, a los pies de Ordulkar.

Ahora le tocaba el turno al bondadoso y pacífico Aron.

Aron, que lo había salvado de la tormenta.

Aron, que lo había acompañado en su misión.

Aron, que le había aconsejado tan sabiamente.

Rak había sido un guerrero.

¿Pero Aron...? Aron sólo era un pobre viejo pacífico, que buscaba la luz y la verdad.

La rabia oculta de Lorris salió al exterior. La rabia por Rak, por Aron, por tantos otros.

El rayo mágico triplicó su fuerza y su intensidad.

El escudo de Valnor se rompió, y el Vengador fue alcanzado por los cuatro rayos mágicos: el de Izan, el de Lorris, el de Margai y el formado por Elga y Ona con el Espejo de Arsis y el talismán.

Con un alarido agónico, el Elfo Oscuro se desintegró ante los ojos de todos. Y luego, el silencio.

Valnor el Vengador había muerto.

Capítulo XIV: "Regreso al Bosque"

-Mira, Elga -dijo Lorris-. ¿Ves...? Eso es Ysperel.
La joven contuvo el aliento al ver los pináculos de oro y cristal.

-Es precioso -dijo.

Lorris sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

-Es mi hogar -dijo-. Estoy en casa.

Izan bajó de un salto de la rama a la que se había subido.

-Se ve mejor desde arriba -afirmó-. Tienes razón: es una belleza.

Lorris sonrió. Sintió que Ona se posaba suavemente en su hombro, sin una palabra.

Había pasado un mes desde la batalla en el Palacio de Cristal. Y tantas cosas... Lorris sentía que habían pasado siglos desde que abandonara el Bosque, y tan sólo un par de días desde la muerte de Valnor el Vengador.

Aron había muerto. Elga había tratado de salvarlo con su talismán, pero ya era demasiado tarde: el anciano monje había abandonado el mundo de los vivos.

Había sido una pérdida lamentable. Pero habían ganado tantas cosas... el sacrificio de Aron no había sido en vano.

Amaranda, la Dama de la Lechuza, había sido liberada. Los darai oscuros habían huido al norte, a los helados confines de Ilesan, y nunca más regresarían; la Hechicera se ocuparía de ello.

Y Elga...

El elfo miró a la humana con cariño. Izan le había pasado un brazo por los hombros, y ambos contemplaban juntos la maravillosa ciudad élfica, reluciente bajo los rayos de Arsis.

Ya no le importaba. Había cambiado mucho. Ahora veía a Elga como una hermanita pequeña, y sabía que sería feliz junto

a Izan.

Pero Elga había ganado algo más.

Lorris evocó el momento en que el soldado humano que los había ayudado se había quitado el casco y había mirado a la muchacha con contenida emoción. Ella al principio no lo había reconocido, pero el elfo había notado al instante el asombroso parecido físico entre ambos humanos.

El soldado era Reikan, el padre de Elga.

La madre de Elga padecía una enfermedad incurable. Él había ido en busca del mítico Oráculo, para encontrar un remedio a la enfermedad de su esposa. Oriol le había aconsejado que visitara a Amaranda, pero, una vez allí, la Hechicera le dijo que era demasiado tarde: la madre de Elga había muerto.

Y Reikan se había quedado por un tiempo con Amaranda, hasta la llegada de Valnor, en que tuvo que hacer creer al Elfo Oscuro que prefería pasarse a su bando antes que morir. Y allí se había quedado, esperando una oportunidad.

Ahora, el padre de Elga se había quedado en Raden. Y sus amigos habían decidido acompañar a Lorris de nuevo a Ysperel.

Ahora era un héroe. Había limpiado su honor. Podía volver. Y declarar contra Silvania.

-Hermosa tu ciudad, elfo.

Lorris reparó en la figura baja que se erguía junto a él, y sonrió.

Kerin, ahora convertido en Rey de los Enanos. Los compañeros habían tenido tiempo -por los pelos- de llegar a su coronación. El Reino de los Enanos estaba siendo reconstruido poco a poco, y Kerin había aceptado hacer un corto viaje hasta el Bosque para acompañar a Lorris.

El elfo suspiró, recordando la tarea que se le había encomendado ahora: hacer que los elfos volvieran a abrirse al mundo. Tarea encomendada por Amaranda, por Oriol, por Frela

Darildia e incluso por Ahrgan, el Guardián Ejecutor de Liadar (quien, por cierto, les informó de que Ifnan, Fuego Azul, había logrado salir de la tormenta y volver al Reino de los Dragones - más muerto que vivo, eso sí-, y que se lo pensaría dos veces antes de intentar sobrevolar el Reino de los Darai en lo sucesivo).

Los elfos debían volver a abrirse al mundo.

Había hablado de ello con Evren, puesto que habían pasado la noche en Kerohal, la Ciudad Nocturna, y con el Rey de los Nocturnos.

Iba a ser difícil, pero, decidieron los tres, no era bueno que los elfos siguieran viviendo en la ignorancia.

La magia volvería al mundo cuando los elfos regresaran a él. Eso había dicho Amaranda.

Sabían que en adelante los dioses controlarían mejor la magia para que no volviera a suceder un desastre como el acontecido tanto tiempo atrás. Pero también sabían que los dioses les otorgaban la magia de nuevo; les daban otra oportunidad.

-Va a ser difícil -musitó-. Muy difícil.

-Todo lo que vale la pena es difícil -dijo Kerin.

-Tienes razón..-asintió Lorris.

Echó a andar sin una palabra más. La fugaz, el enano y los dos humanos lo siguieron.

-Me ha dicho Oriol que va a volver a transformar el Oráculo en lo que fue antes -dijo entonces Izan-. El lugar de reunión de los magos. Quiere instaurar una escuela de hechicería.

-Gran idea -aprobó Lorris-; creo que me pasaré por allí algún día.

Avanzaron sin prisas por el Bosque.

Lorris se sentía inmensamente feliz. Conocía cada árbol,

cada sendero, cada matorral. Había echado mucho de menos todo aquello.

Pero aún le inquietaba volver a Ysperel, y enfrentarse...

-Te ayudaremos -dijo Elga-. Ya lo sabes. No tienes por qué temer.

Lorris le sonrió. Del cuello de la joven pendía el amuleto de Frela Darildia. Elga había querido devolvérselo, pero la Reina de los Fugaces se lo había regalado.

Por fin alcanzaron los límites de Ysperel.

Pero grande fue la sorpresa de Lorris al ver que lo esperaban tres filas de arqueros apuntándoles con sus flechas.

-¿Qué significa esto? -preguntó.

Ninguno contestó. Se oyó una voz hablando en élfico.

-Eres un proscrito, Lorris DeLendam. No puedes entrar en la ciudad, y lo sabes.

En las puertas de Ysperel apareció el alcalde.

-Vengo a lavar mi honor -declaró Lorris-. A demostrar mi inocencia.

-¿Ahora? ¡Es demasiado tarde!

Elga tiró de la manga de Lorris.

-¿Qué pasa? -le preguntó, pues no comprendía una sola palabra. Pero el elfo no respondió.

-¡He venido a hablaros de lo que hay allí fuera!

-¡Oscuridad! ¡No queremos saberlo!

-¡He traído a seres de otras razas que viven fuera de los límites del Bosque!

-¡Mientes! ¡Esas criaturas que te acompañan son seres nocturnos!

Lorris iba a replicar, pero una voz se le adelantó:

-¡No! ¡Dice la verdad!

De entre las filas de arqueros salió una joven doncella elfa. A Lorris se le cortó la respiración.

La muchacha se dirigió al alcalde.

-He investigado en los textos antiguos -dijo-. Los que hablan de la extinción de las razas. Hay ilustraciones de esas razas, y estos seres que Lorrís ha traído consigo concuerdan. esos son humanos, eso es un enano y eso es un fugaz.

Le tendió un grueso libro abierto. Mientras el elfo lo cogía y lo examinaba atentamente, la joven elfa se volvió hacia el proscrito.

-Lorrís -dijo.

Lorrís suspiró de felicidad, y abrió los brazos.

-¡Lorrís!

La joven, sin que nadie se lo impidiera, corrió a refugiarse entre sus brazos. Lorrís la abrazó con fuerza.

-Larisa -murmuró-. Oh, Larisa, cómo te he echado de menos...

Los ojos de la elfa estaban llenos de lágrimas.

-¿Y eso? -comentó Izan, brillándole los ojos maliciosamente-. No sabía que te esperaba una novia en tu Reino, Lorrís.

Lorrís se removió, incómodo.

-Es mi hermana -declaró, e Izan se echó a reír.

Larisa se separó de él con los ojos muy abiertos.

-¿Hablas su idioma? -preguntó.

-¿No recuerdas las clases de Común, Larisa? Aquella lengua perdida, muerta, que se suponía se hablaba antes de la extinción de las razas...

Larisa ladeó la cabeza.

-Tienes muchas cosas que contarnos -dijo-. Padre y yo nos las arreglaremos para que haya otro juicio y puedas decir la verdad... porque esta vez la dirás, ¿no?

Lorrís miró fijamente a su hermana.

-Sí, Larisa -dijo-. Esta vez la diré.

-Las cosas son más sencillas ahora -le confió Larisa-. Silvania se ha confesado autora de la rotura del Espejo.

-¿¡Qué...!?! ¿Cómo ha sido eso?

Larisa no respondió. Pero Lorris adivinó que había tenido algo que ver con el asunto.

De todos modos, ya no importaba.

-Mira, Lorris -dijo Larisa-. Es padre.

Lorris dirigió la mirada hacia donde señalaba su hermana. Junto al alcalde había aparecido la figura del duque DeLendam, y los dos elfos consultaban el libro juntos.

Larisa dejó a Lorris por un momento para dirigirse a ellos. Estuvo hablando un buen rato con ambos elfos, y finalmente le hizo una seña a Lorris. Éste lo comprendió. Se volvió radiante hacia sus compañeros.

-Vamos a tener un juicio -dijo.

* * *

Por primera vez en mucho tiempo, Lorris DeLendam era feliz.

Pasaría a la historia élfica y probablemente mundial como el elfo que lo cambió todo.

El juicio se había realizado. Lorris había contado la verdad, llana y simple. Sus amigos estaban allí atestiguándolo con su presencia.

Pero lo mejor había sido lo del Espejo.

Los sacerdotes lo habían recompuesto casi entero. Casi... porque faltaba un pedazo.

Lorris, escoltado por los guardias elfos, el alcalde, el juez y los sacerdotes había colocado el pedazo de espejo en su lugar.

Y todo entero había relucido mágicamente, y había aparecido de pronto como nuevo, como si nunca se hubiera roto.

Y en el Espejo había aparecido una imagen de la historia

de Ilesan. De la pelea de los dos hechiceros. Del éxodo de los elfos. De la pérdida de la magia. De la supervivencia de las otras razas en el exterior del Bosque.

El Supremo había sido el primero en caer de rodillas ante el milagro, alabando a Arsis porque se había vuelto a comunicar con los elfos.

El siguiente paso fue el contacto con los Nocturnos.

Silvania había confesado toda la verdad. Todo estaba arreglado.

Lorris suspiró profundamente. Elga e Izan habían marchado por todo el Reino de los Humanos anunciando la llegada de los elfos.

Porque los elfos se estaban preparando para salir al mundo.

Lorris todavía no creía que todo aquello estuviera pasando. A menudo imaginaba que despertaría en su cama, de día, y descubriría que nunca había salido de noche, y que nunca saldría, porque era cierto lo que la tradición alfa decía. Pero se frotaba los ojos y se daba cuenta de que no; de que estaba despierto. Y daba gracias a Arsis por ello.

F I N

ÍNDICE

LIBRO III

VALNOR EL VENGADOR

- I. Fuego Azul.
- II. Vuelo accidentado.
- III. El país de los hielos.
- IV. Fiebre.
- V. En el Oráculo.
- VI. El poder de los elfos.
- VII. Inen.
- VIII. Ataque sorpresa.
- IX. Y nunca te enamores.
- X. Margai.
- XI. Incursión en el Palacio de Cristal.
- XII. Descenso al infierno.
- XIII. La batalla final.
- XIV. Regreso al Bosque.